

LOS CALDEROS DEL CASTRO DE A PENEDA (REDONDELA, PONTEVEDRA): DATOS Y ARGUMENTOS PARA UNA REVALORACIÓN

Por Xosé Lois ARMADA PITA

Departamento de Humanidades
Universidade da Coruña

Abstract: We carry out a review of the cauldron's fragments found in the hillfort of A Peneda (Redondela, Pontevedra) and firstly published by A. Blanco Freijeiro as belong to a single cauldron. We propose that the different fragments correspond to three cauldrons and we try to argue their dating in the roman period. On discuss the archaeological context in which the found took place and we offer an inventory of the fragments kept in the Museum of Pontevedra.

Keywords: Archaeometalurgy, atlantic riveted cauldrons, hillfort, deposit, rituals of commensality.

Los calderos, y los recipientes metálicos en general, constituyen un tipo de material sobre el cual a menudo se pasa muy por encima tanto en memorias de excavación como en otras clases de publicaciones arqueológicas. En ello inciden razones como su deficiente estado de conservación o la perduración cronológica que muestran algunas formas, que las convierte en indicadores muy poco operativos a la hora de fechar contextos arqueológicos.

Si centramos nuestra atención en el Noroeste peninsular, lo cierto es que algunos condicionantes negativos se acentúan. Por un lado, nos encontramos en la protohistoria reciente con una presencia muy escasa de registro funerario (Bettencourt, 2000a), lo cual puede tener en este marco severas repercusiones si tenemos en cuenta que en muchos casos los recipientes metálicos protohistóricos llegan a manos del arqueólogo a través de las necrópolis, donde, entre otras posibilidades, pueden aparecer como urna o como ajuar. Por otro lado, y aunque

la arqueología reciente empieza a valorar la importancia de los denominados *aglomerados urbanos secundarios* (Pérez Losada, 1996), cabe pensar que la muy reducida presencia de vida urbana en sentido estricto debió de alguna manera atenuar la recepción del rico abanico de recipientes metálicos producidos por el mundo romano.

Conviene indicar no obstante, como contrapunto a lo expuesto, que la bibliografía arqueológica viene dando a conocer desde hace décadas algunos hallazgos de cierto interés. Podemos mencionar, entre otras, piezas de cronología diversa como el modio de Pontepuñide (Balil, 1984), las tres tazas de Castelo de Neiva (Ferreira de Almeida, 1981), fragmentos de calderos como los de San Millán (López Cuevillas y Taboada, 1955: 86, fig. 13), Novás (Rodríguez Colmenero, 1977: 324, fig. 1) o Santa Trega (Carballo, 1989: 62, fig. 37), o algunos enganches de asa de sítula con forma de mascarón (Carballo, 1984). Sin embargo, los dos grupos más compactos y mejor testimoniados son el de las sítulas castreñas (Carballo, 1983) y el de los calderos atlánticos de remaches (Schubart, 1961). De estos últimos han aparecido nuevos ejemplares en diversos castros excavados en años recientes (Campa Torres, Coto da Pena, Torroso, etc.), de modo que es posible ya obtener algunas conclusiones fiables sobre aspectos de cronología, tecnología y tipología (Armada, e.p./b). Por otro lado, contamos con algunos indicios de que los calderos tuvieron una destacada importancia en el plano ritual y simbólico de los pueblos castreños, tal como puede deducirse de su representación en las diademas de Moñes (Marco, 1994; García Vuelta y Perea, 2001) y en algunos bronceos sacrificiales, como son los de Celorico do Basto e Instituto Valencia de Don Juan (Blanco Freijeiro, 1957), uno de los depositados en el Museo Arqueológico Nacional (Pena Graña, 1991) y otro recientemente adquirido por el Museo de Pontevedra.

En el presente artículo pretendemos ofrecer algunas novedades y puntos de vista que pueden contribuir en variable medida al mejor conocimiento de los recipientes metálicos del Noroeste peninsular, en un arco temporal que, con ciertas reservas, parece concentrarse entre los últimos siglos a.n.e y la romanización, aunque podrá constatarse que la perduración que, en los aspectos tecnológico y formal, caracteriza a algunos tipos de calderos aconseja prudencia a la hora de establecer su encuadre cronológico cuando el contexto de recuperación no está bien definido. Presentamos, así pues, un avance de los resultados obtenidos en una primera revisión de los fragmentos de caldero(s) recuperados en el castro de A Peneda (Redondela, Pontevedra), que fueron publicados inicialmente por Blanco Freijeiro en 1957 (Blanco, 1998: 114s) y que ingresaron en el Museo de Pontevedra en 1973; desde esta primera comparecencia en la bibliografía arqueológica, su mención en toda clase de trabajos ha sido incesante sin que se hubiese procedido a una documentación más detenida del material, algo que a la postre se ha revelado una tarea obligada en la medida en que nuestras conclusiones difieren ostensiblemente de lo sostenido hasta el momento. Los resultados aquí expuestos constituyen una aproximación preliminar y, más que nada, pretenden ser una

llamada de atención sobre un material arqueológico de gran interés. Esperamos poder presentar en breve resultados que amplíen lo que aquí ofrecemos¹.

EL CONJUNTO DE A PENEDA. HACIA UNA REVALORACIÓN CRÍTICA

El caldero de A Peneda constituye, sin duda, un verdadero tópic historiográfico, siendo constante su presencia en la bibliografía arqueológica desde su publicación inicial en 1957 por parte de A. Blanco Freijeiro (Blanco, 1998: 114s). Desde este momento, y como podrá comprobarse en la síntesis historiográfica expuesta a continuación, fueron diversos los autores que se refirieron a este hallazgo, no sólo recogiendo los datos suministrados por su primer publicador sino incluso exponiendo interpretaciones sobre la naturaleza del supuesto recipiente.

Sin embargo, no se añadieron a posteriori datos de interés acerca de las condiciones de localización del material ni de sus características tecnológicas o formales, algo que hubiera resultado posible si tenemos en cuenta que los fragmentos están depositados en el Museo de Pontevedra desde el año 1973. En razón de lo expuesto, quizá los lectores al tanto de los antecedentes bibliográficos de la cuestión se habrán sorprendido al ver el plural en el título de este artículo. Nuestras diferencias respecto a la interpretación de Blanco Freijeiro no son, ciertamente, triviales o irrelevantes; nosotros consideramos que los fragmentos localizados en A Peneda pertenecen al menos a tres recipientes y no a uno solo como propuso este autor. Por esta razón, hemos considerado oportuno exponer un primer avance de los resultados obtenidos en el análisis de estos fragmentos, no sólo para dar cuenta de esta diferencia de apreciación —algo de por sí relativamente secundario— sino también para ofrecer una caracterización más detenida de los materiales que contribuya a un mejor conocimiento de los calderos de remaches del Noroeste peninsular y a la formulación de juicios mejor fundamentados sobre la naturaleza de este hallazgo concreto.

¹ Los resultados expuestos en el presente artículo forman parte de la investigación iniciada en mi tesis de licenciatura *Banquete y cocina del sacrificio en la protohistoria del Noroeste peninsular: análisis de fuentes arqueológicas y textuales*, defendida en noviembre de 2000 y en vías de publicación (Armada, e.p./b), y continuada en la tesis doctoral *Formas y rituales de banquete en la Hispania indoeuropea*, actualmente en curso al amparo de una beca predoctoral concedida por la Xunta de Galicia. Debo agradecer al personal del Museo de Pontevedra las facilidades ofrecidas para el estudio de los materiales, mereciendo una mención especial su arqueólogo-conservador, Antonio de la Peña Santos, con quien pude intercambiar puntos de vista acerca de la reconstrucción y el contexto arqueológico de los fragmentos de A Peneda. Quiero agradecer también a Ana M. S. Bettencourt el haberme facilitado las pruebas de imprenta de la memoria de excavación de Santinha y a Óscar García Vuelta, con quien preparo conjuntamente un estudio sobre los bronce sacrificiales castreños, los comentarios a este trabajo. Todas las fotografías y aspectos criticables que puedan encontrarse en estas páginas son, respectivamente, de mi autoría y exclusiva responsabilidad.

EL HALLAZGO Y SU HISTORIOGRAFÍA

El único dato cierto que conocemos acerca del hallazgo es que tuvo lugar en el castro de A Peneda (Redondela, Pontevedra). Como es bien sabido y ya hemos indicado, fue Blanco Freijeiro quien lo dio a conocer en primera instancia, subrayando que debía estar entero y que fue destrozado por sus halladores. Cuando publica los materiales, éstos pertenecían a José Solla, maestro de obras de Arcade, quien se los cede a Blanco para su estudio. El arqueólogo marinense los da a conocer en su trabajo sobre el origen y las relaciones de la orfebrería castreña, al hilo de los comentarios que suscitan los calderos representados en las diademas entonces denominadas de Ribadeo (procedencia hoy descartada en favor de Moñes, Piloña, Asturias). Blanco únicamente publica un dibujo con la hipotética reconstrucción (lam. I.2) y ofrece en nota a pie de página el siguiente comentario: *«El asa y las abrazaderas con sus grandes clavos, son de hierro; el resto, de chapas de bronce, unidas por remaches pequeños y planos. En el asa falta un extremo, por lo que no es fácil determinar el diámetro de la boca; a base de la curvatura de las abrazaderas, le hemos calculado un diámetro de 48 cm. El perfil muestra un ligero entrante por debajo del borde y, a continuación, una amplia línea convexa, que hace suponer que el caldero fue algo más que semiesférico. Su fondo estaba hecho con una chapa circular, claveteada, que se conserva entera y con muchas huellas de haber estado sometido al fuego. La pieza inmediata era enteriza (correspondiente al hemisferio bajo del caldero). Las que siguen son, en cambio, dos fajas relativamente estrechas, de varias chapas claveteadas y con algún remiendo. El borde estaba reforzado por chapas más gruesas que las de las paredes del caldero. En uno de sus fragmentos se ve grabado un signo en la forma de psi griega. En la fig. 10 damos la que nos parece más verosímil reconstrucción de este recipiente»* (Blanco Freijeiro, 1998: 115).

Aunque la descripción reproducida resulta, en principio, bastante completa, no conocemos el grado de detenimiento con el que fueron examinados los fragmentos ni tampoco sabemos con seguridad si llegó a manos de Blanco la totalidad del material o sólo pudo observar una parte del mismo; en todo caso, algunas de las piezas mencionadas se identifican perfectamente entre las que actualmente componen el conjunto depositado en el Museo de Pontevedra. Por lo demás, a partir de su salida a la luz el caldero de A Peneda se convierte en objeto de valoraciones de diferente entidad. Así por ejemplo, Schubart (1961: 40-42) reproduce los datos y el dibujo suministrados por Blanco, añadiendo que el ejemplar pontevedrés y los de Cabárceno y Lois constituyen los únicos recipientes de chapas remachadas conocidos en la Península que pueden considerarse inequívocamente calderos, perteneciendo los restantes a otros tipos de recipientes o a formas no reconstruibles.

Años más tarde, realiza una aportación de interés García Rollán (1974), quien sólo refiere el hallazgo en el yacimiento de *«un caldero tipo Cabárcenos»* (García Rollán, 1974: 87), pero ofrece una breve síntesis acerca de la ubicación del castro,

sus características principales y los materiales localizados en él, aportando entre otras cosas tres fotografías de estructuras y varias láminas con dibujos de material cerámico. Por su parte, Ruiz-Gálvez recoge el caldero en su recopilación de hallazgos del Bronce Atlántico peninsular e indica que fue destruido, «*por lo que la reconstrucción hecha por Blanco Freijeiro es hipotética*», no haciendo constar que se encuentra depositado en el Museo de Pontevedra (Ruiz-Gálvez, 1984: 119).

Una aportación relevante al estudio de los calderos de remaches se encuentra en el amplio trabajo de Coffyn sobre el Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica, donde se recoge un inventario de 16 hallazgos (que hoy se eleva a más del doble de esta cifra; cf. Armada, e.p./b). El caldero de A Peneda, con sus abrazaderas de hierro, no puede pasar desapercibido para este arqueólogo francés, dado que se muestra algo reacio a admitir la pervivencia de este tipo de material más allá del Bronce Final. En su opinión, este recipiente reconstruido como un caldero irlandés tipo B1 pero con remaches planos en hierro y asa de tipo Europa central «*est difficile à situer exactement*» (Coffyn, 1985: 57). Considera que la forma de los remaches y su cantidad no juegan un papel importante en la diferenciación entre calderos irlandeses e imitaciones locales (Coffyn, 1985: 57), indicando más adelante que el dilema en el caso de A Peneda debe resolverse entre las posibilidades de una reutilización o una fabricación tardía, por lo que «*une nouvelle étude est en cours*»; cita como localización actual la Colección J. Solla (Coffyn, 1985: 395).

En su estudio de los recipientes del Noroeste europeo y su conexión atlántica, Briggs coloca en una carta de distribución 15 hallazgos peninsulares y comenta algunos de ellos, en especial los de Cabárceno, Lois y A Peneda (únicos cuya forma se conserva o puede reconstruirse). En su opinión este último «*was of a similar shape [que Cabárceno y Lois], with a slightly higher shoulder, but possessed bucket-like iron suspension loops and rivets with a single-piece rod handle in the style of those from the Etrusco-Hallstatt world*» (Briggs, 1987: 170).

Para Esparza, la coexistencia de hierro y bronce en el caldero de A Peneda podría situarnos ante una fase inicial de la metalurgia del hierro; se pregunta, además, si los remaches planos podrían ser una degeneración de los cónicos operada en un momento tardío de la vida de los calderos, posterior a la Edad del Bronce (Esparza, 1987: 275). Trabajos más recientes sostienen la cronología romana de los fragmentos localizados en el castro pontevedrés (Peña Santos, 1992: 29s) o indican que por la carencia de contexto seguro su presencia en él podría deberse tanto a un uso local como a comercio de chatarra (Fábregas y Ruiz-Gálvez, 1997: 208).

En síntesis, podemos concluir la existencia de opiniones muy disímiles acerca de la naturaleza y cronología del caldero de A Peneda, sin que, por lo demás, en ningún momento se cuestionen o revisen los datos y la reconstrucción propuesta por Blanco. Parece evidente, así las cosas, la necesidad de una documentación

más detenida del material como un paso previo a la unificación de criterios y formulación de planteamientos bien fundamentados.

Un contexto arqueológico difuso

El castro de A Peneda, en el cual tuvo lugar el hallazgo de los calderos aquí estudiados, es uno de esos sitios reiteradamente citados en las publicaciones arqueológicas y sobre los cuales, sin embargo, existen abundantes noticias inconexas o desarticuladas pero pocos datos contextuales y evidencias sólidas.

Descrito por Monteagudo (1977: 186) como «*Eisenzeitliches Castro mit Petroglyphen und vielen Bronze- und Keramikfunden*», está situado en el rocoso monte del mismo nombre, que se encuentra en el límite entre los municipios pontevedreses de Redondela y Soutomaíor, en las inmediaciones de la ría de Vigo. El castro se localiza en la parte perteneciente al primero de estos dos términos municipales, concretamente en la parroquia de Santa María do Viso (García Rollán, 1974: 87). En cuanto a las estructuras conservadas, M. García Rollán menciona la existencia de restos de muralla en la ladera SO, que irían paralelos a la carretera, aunque a un nivel poco superior; este mismo autor pudo individualizar igualmente restos de tres viviendas castreñas, de perímetro circular y con diámetros de 3'30, 3'60 y 4'60 m, y paredes de piedras graníticas irregulares con un grosor variable entre 45 y 65 cm (García Rollán, 1974: 87s). Al parecer, hace poco más de 20 años todavía se reconocían los niveles arqueológicos en los cortes provocados por la construcción de la carretera que alcanza la cumbre del monte, que provocó la destrucción de algunas construcciones y puso a descubierto estructuras y materiales diversos (Fariña y Arias, 1980: 192). En la zona baja de la falda occidental del monte se han documentado petroglifos, en forma de al menos cinco grupos de combinaciones circulares y cazoletas, aunque alguno de ellos desapareció posteriormente debido a la acción antrópica (García Alén y Peña Santos, 1980: 110).

Frente a la parquedad de datos en lo que atañe a estructuras y estratigrafías, sorprende sin embargo la gran abundancia de materiales con procedencia atribuida al castro de A Peneda, localizados casual o clandestinamente. García Rollán, sobre la base de informaciones orales y bibliografía precedente, relaciona el hallazgo de «*hachas de piedra pulimentada, cuchillo y alfiler de cabello de bronce; dos hachas de talón de un anillo (de 14[0] * 42 y 155 * 37 mm.) y otra de talón de 2 anillos (230 * 48 mm., Bronce III, hoy en el Museo de Pontevedra) halladas en un 'concheiro' al abrir la carretera de subida en 1960; un caldero tipo Cabárceños; escorias y objetos de hierro (lanzas, puntas de flecha, picos, rejas de arado, hachas, trípode), monedas romanas de bronce y una hispánica; restos de ánforas romanas del siglo I y cascos de cerámica castreña*» (García Rollán, 1974: 87). Puede concluirse a primera vista, pese a la indefinición de los datos, la existencia de una ocupación prolongada, aunque no sabemos si estable y

continuada en el tiempo, que podría abarcar cuando menos desde el Bronce Final hasta época romana.

Dentro de las intervenciones de urgencia llevadas a cabo en 1982, A. de la Peña Santos efectúa la limpieza y análisis estratigráfico de un lienzo del vallado interior del castro, derribado por excavadores clandestinos. Esta actuación permite establecer la datación de esta estructura en época romana, recogándose gran cantidad de cerámica castreña y romana, objetos de bronce y hierro, molinos planos y circulares, etc. (González Fernández y Peña Santos, 1983: 107).

Entre los materiales pertenecientes a este yacimiento, comenzando los por los más antiguos cabe mencionar un conjunto de hachas del Bronce Final. Parte de ellas pertenecían a la colección Solla y su atribución al castro no podemos darla como segura, teniendo en cuenta la ausencia de datos fiables sobre sus condiciones de recuperación y la existencia de otros hallazgos procedentes de lugares próximos. En su catálogo, Monteagudo recoge nueve hachas de diferentes tipos y cronologías encontradas en diferentes lugares de los términos municipales de Redondela y Soutomaíor; una de ellas, al parecer, formaría parte de un depósito de 15 hachas procedente de Salgueirón (Arcade, Soutomaíor), punto situado en las inmediaciones del Monte da Peneda por su lado oeste (Monteagudo, 1977: nº 760, 1423, 1426, 1451, 1467, 1482, 1649, 1741 y 1746).

Junto a los citados, debemos mencionar otros cuatro ejemplares de talón, uno con procedencia atribuida al castro y los otros tres también a su interior o a las proximidades más inmediatas, tal como igualmente refiere García Rollán en la relación anteriormente reproducida. La primera de ellas (nº 1449) pertenece al tipo 38B en la clasificación de Monteagudo (1977) y a la variante 2.5a en la de Díaz-Andreu (1988). De las otras tres, que formarían parte de un depósito compuesto por un total de cuatro piezas, una (nº 1450) pertenece al mismo tipo que la anterior y las otras dos (nº 1146 y 1171), respectivamente, a los tipos 31A y 32A de Monteagudo (1977), ambos equivalentes al tipo 1.6 de Díaz-Andreu (1988). Es un asunto debatido la cronología de estos morfotipos, y las opiniones abarcan desde la primera —o incluso antes— a la tercera fase del Bronce Final; lo que sí puede establecerse con mayor seguridad es su concentración en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica (Monteagudo, 1977: 186s, 190-92, 226s; Díaz-Andreu, 1988: 45, 50).

Otra pieza que permite sospechar la existencia de niveles del Bronce Final es un cuchillo de bronce de hoja curva y un solo filo (lam. I.1). Fue publicado primero por Monteagudo (1981: 88, fig. 34) y luego por Coffyn (1985: 178, pl. XVIII.1), quien lo cree inédito y erróneamente lo atribuye al castro de A Lanzada, que como es sabido está situado en Sanxenxo y no en Redondela, tal como afirma el autor francés. La pieza se encuentra en el Museo de Pontevedra, tiene la punta rota, mide 11'7 cm de longitud y presenta en el empalme dos pequeñas perforaciones para remaches y un ligero reborde en su parte superior. El autor francés relacionó este ejemplar con influjos continentales, citando en la misma dirección un fragmento de cuchillo de Pico Castiello (Pola de Siero, Oviedo) (Escortell y Maya, 1972: 47,

fig. 13.26) y algunas otras piezas localizadas en territorio peninsular (Coffyn, 1985: 178).

El encuadre cronológico del cuchillo de A Peneda no resulta sencillo. Conocemos piezas similares (con hoja curva y un solo filo, empalme perforado para remaches y reborde en la hoja o en el empalme), a veces de considerable antigüedad, a lo largo de todo el Mediterráneo y en diversos contextos continentales. Monteagudo (1981: 88) menciona paralelos micénicos fechables entre 1500-1200 ane, recogiendo también otra pieza de Champ de Chasse, que considera una de las más occidentales de los Campos de Urnas primitivos y fecha en torno al 1300-1200 ane; la relación con modelos continentales, como antes señalamos, fue también apuntada por Coffyn (1985: 178). Por razones de coherencia con el contexto arqueológico, el cuchillo de A Peneda debe relacionarse seguramente con modelos más avanzados, fechados en el Bronce Final III y en el Hierro inicial (ss. IX-VII ane). En territorio peninsular han aparecido un amplio número de piezas que mantienen grados de similitud variables respecto al ejemplar pontevedrés y que se engloban bajo la denominación genérica de *cuchillos afalcatados*, pero la mayor parte de los ejemplares están fabricados en hierro; muestran una amplia distribución geográfica, apareciendo en todo el círculo meridional peninsular, costa levantina y ámbitos celtibérico y vetón; su origen, según Mancebo Dávalos (2000), debe situarse en el s. VIII ane y estaría en relación con el mundo fenicio, aunque perduran en zonas como el Noroeste hasta prácticamente el contacto con Roma. Ejemplares también de hierro se han recuperado igualmente en la Estremadura portuguesa, en contextos de los ss. V-IV ane, ampliando así el mapa de dispersión (Cardoso, 2000: 72, figs. 25, 27).

Con fases de ocupación antiguas en A Peneda tiende a relacionarse en la bibliografía una fíbula de resorte bilateral —no de doble resorte, como se afirma en algunas publicaciones— depositada igualmente en el Museo de Pontevedra (lam. I.3) y dada a conocer por Fariña y Arias (1980: 189s, fig. 2), quienes la describen como «*peza dun soio alambre, de sección circular que remata nun pé largo e con goteira ben marcada e que na cabeza prolongase nunha mola bilatera con corda interior e remate na agulla. A mola sustentase nun haste, tamén de bronce e independente que lle fornece estabilidade e seguranza ao resorte. Mede 6'2 cms. de largo*» (Fariña y Arias, 1980: 190). Estos mismos autores indican que se trata de un tipo de fíbula poco frecuente en el NO y que corresponde a las fíbulas de resorte bilateral y pocas espiras, habituales en el Hallstatt medio y final, por lo cual fechan el ejemplar pontevedrés en los ss. VI-V ane (Fariña y Arias, 1980: 190). También de A Peneda procede otra fíbula incompleta, con arco de disposición semicircular y de pie horizontal con gotera y remate en botón cónico perpendicular (Fariña y Arias, 1980: 192s, fig. 4); en opinión de estos autores, habría que otorgarle la misma cronología que al caldero, es decir en torno a los ss. VIII-VI ane.

Tras su publicación, estas dos fíbulas han sido objeto de valoraciones diversas. Calo y Sierra (1983: 76s) afirman que, teniendo en cuenta el contexto —por cierto, bastante oscuro por no decir indefinido— y morfología de la fíbula que se conserva

íntegra, ambos ejemplares pueden fecharse en los ss. VI-V ane. Consideran que la fíbula incompleta de A Peneda, junto con otra de Taboexa y otras dos perdidas de Castro Liboreiro forman un grupo encuadrable en el morfotipo Golfo de León, con paralelos en Cataluña y la Meseta fechables en el arco cronológico apuntado. Por su parte, Rey Castiñeira (1996: 196) se refiere únicamente a la pieza completa para afirmar que se debe relacionar con los productos metálicos antiguos y no con las cerámicas de importación de fases más avanzadas. En fin, en su revisión de las fíbulas gallegas, Cortegoso (2000: 134s) señala que los ejemplares de A Peneda se encuadrarían, según indica en su tabla cronológica, en los ss. VI-V ane.

Tras ver la fíbula completa de resorte bilateral, estamos totalmente de acuerdo con A. de la Peña (com. pers.) en que existen indicios más que suficientes para dudar de su autenticidad. Su estado de conservación es impecable y de hecho la pieza todavía funciona; presenta un color negruzco y, a nuestro modo de ver, un tratamiento superficial totalmente anómalo para tratarse de un bronce arqueológico. A nivel de tipología, cabe indicar sin embargo que su presencia no resultaría extraña en un castro como A Peneda, pues está constatada la existencia de hallazgos coetáneos y encuadrables en morfotipos similares, como algunos ejemplares portugueses (Silva, 1986: 186ss), una fíbula de doble resorte y algunos otros fragmentos de resortes, en algún caso bilateral, procedentes del castro gijonés de Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001: 102, 111, figs. 45.1 y 52.6), un fragmento de resorte de Penalba, que se interpreta como perteneciente a un ejemplar de doble resorte (Álvarez Núñez, 1986: 26, dibujo 19; Cortegoso, 2000: 130), el pequeño fragmento de lámina enrollada localizado en Torroso, en un contexto del s. VII ane, que seguramente perteneció a un ejemplar de pie largo enrollado, característico en las fíbulas de codo, de doble resorte y de bucle (Peña Santos, 1992: 26, 32s, fig. 63) y los fragmentos de resorte, en algunos casos bilaterales, procedentes de los yacimientos asturianos de Pico Castiello y Caravia, aunque pese a su fragmentación parecen pertenecer en ambos casos a tipos de cronología posterior (Maya, 1988: 105). Por esta razón no puede excluirse la posibilidad de que este ejemplar de resorte bilateral se corresponda con una imitación moderna de alguna pieza hallada originalmente en el castro pontevedrés, pero insistimos en que todos los indicios apuntan a que este ejemplar depositado actualmente en el museo es de fabricación reciente.

Entre los materiales publicados por García Rollán (1974) los hay que no son prehistóricos ni romanos y, en algunos casos, cabe dudar razonadamente de su antigüedad. Este autor menciona, por ejemplo, un trocito de plomo alterado, escorias de hierro, una especie de cucharilla de alguna aleación parecida al latón, trocitos de hierro muy oxidados, un pequeño cono realizado con lámina de cobre y dotado de pasador, una aguja, un anzuelo de cobre y un anillo de alambre también de cobre (García Rollán, 1974: 89s). Hay otros que sí podemos relacionar con una ocupación prehistórica del lugar, como son los fragmentos de molinos naviformes, el hacha de piedra pulimentada y algunos otros materiales líticos. De todos modos, los datos más interesantes ofrecidos en su breve artículo se refieren

a los materiales cerámicos, muy someramente descritos pero ilustrados mediante varias láminas.

En general, se trata de fragmentos de cerámica castreña, común romana y dos trozos de boca de ánfora. Buena parte de las formas dibujadas pueden presentar una cronología amplia, aunque algunas de las decoraciones (estampados de círculos concéntricos y entrelazos de SS) tienen su origen en la segunda fase cerámica (ss. IV-II ane) de Rey Castiñeira (1996: 167s); esta determinación cronológica permite encuadrar la presencia de cerámicas ibero-púnicas referida por Naveiro (1991: mapa 3).

Es obligado mencionar en último término un conchero, al parecer de grandes dimensiones, estudiado primero por Vázquez Varela (1975) y luego por Vázquez Varela, Urgorri y Troncoso (1993). Se localizó en la vertiente sureste del monte, hacia la mitad del tramo de pista y en un estrato al descubierto en el que junto a conchas y huesos de animales aparecieron también fragmentos de metal y cerámicas castreñas y romanas (Vázquez Varela, 1975: 143). Según Vázquez, Urgorri y Troncoso, «*se puede señalar que el marisqueo tuvo una cierta importancia en algunos yacimientos donde aparecen grandes concheros, como en A Peneda o Islas Cies, o conchas sueltas o formando pequeños conjuntos en todos los niveles como en A Lanzada*»; asimismo, resaltan el considerable esfuerzo invertido en el transporte de los mariscos, pues en el caso de A Peneda implica el ascenso de considerables pendientes, lo que da cuenta del interés por incorporar estos productos a la dieta (Vázquez, Urgorri y Troncoso, 1993: 110). Las especies identificadas en el conchero son *patella vulgata*, *littorina littorea*, *mytilus edulis*, *ostrea edulis*, *tapes decussata* y *solen vagina* (Vázquez, Urgorri y Troncoso, 1993: 102).

Como conclusión a lo expuesto, la recopilación de los materiales procedentes de este castro permite sospechar una ocupación amplia desde el punto de vista cronológico, por lo cual el establecimiento de una fecha para los calderos aquí estudiados debe regirse por otros criterios diferentes de los contextuales. El principal problema estriba en definir estructuras habitacionales y defensivas asociadas a los diferentes momentos establecidos por los indicadores ergológicos, de modo que resulta incluso posible la inexistencia de niveles del Bronce Final y la atribución de los materiales metálicos de esta cronología a uno o más depósitos sin estructuras arqueológicas asociadas, sobre todo si tenemos en cuenta los ya comentados problemas que presenta la fíbula de resorte bilateral y consideramos que las estructuras arqueológicas conocidas parecen fecharse en momentos muy próximos al cambio de era y en algunos casos con seguridad romanos. No en vano, Rey Castiñeira (1996) sitúa el yacimiento, en términos generales, entre el 400 ane y el 100 dne, fechando la cerámica castreña entre el 400 y el 100 ane y los materiales de importación entre el 400 ane y el 100 dne. Sin embargo, otras publicaciones refieren la existencia de hallazgos monetarios romanos que permitirían prolongar la ocupación hasta el s. IV (Fariña y Arias, 1980: 192). En todo caso, nos interesa destacar, teniendo en cuenta la recurrente ubicación cronológica

del supuesto caldero en el Bronce Final, que desde el punto de vista del contexto arqueológico es perfectamente posible rebajar su cronología a momentos bastante posteriores, seguramente romanos. Esta hipótesis puede reforzarse mediante otros indicios luego expuestos de carácter tecnológico y formal.

Inventario

Hemos realizado un inventario de los fragmentos con procedencia atribuida al castro de A Peneda, depositados en el Museo de Pontevedra en un único contenedor plástico, bajo la suposición inicial de que se trataba de un único caldero, tal como se recoge en el apartado de ingresos en la memoria de actividades del museo correspondiente al año 1973, publicada en el número 28 de su revista *El Museo de Pontevedra*, correspondiente al año 1974 (pág. 19). En esta memoria se define la colección Solla, a la cual pertenecían los fragmentos, como «*una de las mayores colecciones arqueológicas de Galicia*», indicándose que está compuesta por más de 150 objetos en muchos casos procedentes de la región y de origen e historial conocidos.

El conjunto está compuesto por un total de 85 fragmentos, mayoritariamente de bronce y en grado de fragmentación muy variable, a los cuales se añaden otros tres elementos de hierro depositados en una bolsa aparte. Procedimos a un estudio individualizado de los mismos, anotando sus medidas y rasgos más destacados y documentando su aspecto general y pequeños detalles mediante fotografía digital. Ya al comenzar el trabajo llamaron nuestra atención las diferencias entre los grosores y curvaturas de algunas láminas, lo que nos acabó llevando a definir con total claridad la existencia de al menos tres calderos, por las razones que a continuación se exponen. Esto nos obliga a otorgar algún signo distintivo para diferenciar entre sí los tres recipientes, que en adelante pasamos a denominar Peneda 1, Peneda 2 y Peneda 3.

Aunque luego expondremos una caracterización más detenida de cada uno de los calderos, adelantamos que, según las conclusiones obtenidas en nuestra revisión, Peneda 1 es un caldero compuesto por una sola chapa de bronce de grosor medio que seguramente fue martillada sobre una superficie cóncava hasta obtener un perfil de fondo curvo y paredes rectas ligeramente extravertidas; los fragmentos pertenecientes al borde no presentan ningún refuerzo ni perforaciones o elementos de suspensión y en el interior del caldero se observan unas incisiones poco profundas de longitud variable y disposición vertical, que parten del punto central del fondo del caldero en dirección al borde (lam. I.6). En consecuencia, los fragmentos pertenecientes a este primer recipiente consisten siempre en láminas más gruesas que las pertenecientes a los calderos 2 y 3, en torno a 1 mm, con pátina verde claro y restos de suaves incisiones al interior y fuertes huellas de fuego al exterior; nunca presentan remaches (lams. I.5 y II.1-2).

Los calderos 2 y 3 son bastante parecidos entre sí, aunque Peneda 3 tendría unas dimensiones inferiores. Básicamente se encuadrarían, desde el punto de

vista tipológico, en el mundo de los calderos atlánticos de remaches y su reconstrucción creemos que no difiere gran cosa de la propuesta por Blanco Freijeiro, aunque en nuestra opinión es matizable la solución que propone para el cuello y el borde. Al caldero 2 pertenecen el asa y las abrazaderas de hierro, que todavía conservan restos de las chapas de bronce fijadas mediante remaches de hierro, lo que prueba el carácter bimetálico del recipiente (lams. II.5-6 y III.1-3). Las láminas correspondientes a los calderos 2 y 3 de A Peneda se caracterizan por tener un grosor bastante inferior a las del primer caldero, esto es por debajo del milímetro, poseer remaches equidistantes entre sí de cabeza plana o hemisférica y presentar una pátina más oscura por el interior y huellas de fuego menos acusadas por el exterior; los fragmentos pertenecientes al cuello y el borde muestran siempre improntas o restos de hierro pertenecientes a las abrazaderas (lams. III.4-6, IV y V).

En muchos casos es difícil diferenciar las láminas pertenecientes a estos dos calderos, pero creemos que hay argumentos suficientes para distinguir entre Peneda 2 y 3. El principal es la curvatura que muestran algunos fragmentos, lo que desde luego prueba su pertenencia a un caldero de inferiores dimensiones a Peneda 2. Las abrazaderas del segundo caldero permiten calcular un diámetro de unos 50-54 cm medido en el punto de contacto entre los orificios de enganche y los extremos vueltos del asa, pues como luego veremos la dirección ligeramente convergente de las láminas en el tramo saliente a partir de las abrazaderas sugiere un diámetro algo inferior para la boca del caldero. En todo caso, creemos evidente que, por su curvatura, algunos fragmentos pertenecientes tanto al borde u hombro del caldero (nº 53, 60) como al tercio inferior en contacto con el fondo (nº 61-63) no pudieron pertenecer a un caldero de tales dimensiones (lams. IV y V.2). Otro argumento a favor de la definición de un tercer caldero lo proporciona un fragmento (nº 53) perteneciente al cuello y borde con huellas de una abrazadera de hierro y pequeños vestigios de la misma pisados por los remaches, conformando por lo tanto un modelo de borde y suspensión prácticamente idéntico a Peneda 2. La diferencia estriba en que, en el presente caso, los remaches no son de hierro como en el segundo caldero, sino de bronce, y además se encuentran equidistantes a unos 4 cm, mientras que en Peneda 2 los remaches de hierro equidistan unos 15-18 cm (lams. III.3 y IV.1-2).

Es conveniente indicar que la valoración de los diferentes fragmentos está dificultada por la suciedad y deficiente estado de conservación del material, que a menudo presenta restos de tierra, manchas de óxido, fuertes huellas de quemado y otras alteraciones pre y postdeposicionales. Sería conveniente una limpieza y consolidación de los restos que permitiese su adecuado estudio y observación. En cuanto a las dimensiones ofrecidas, cabe advertir que su cometido principal es facilitar la identificación de los diferentes fragmentos si se procediese a una revisión de los resultados aquí expuestos. Dado que la subjetividad puede desempeñar un importante papel en la medición de láminas de

perímetro marcadamente irregular, optamos generalmente por tomar dimensiones máximas aproximadas (DMA) a partir de dos ejes perpendiculares entre sí. Cuando no se indique lo contrario, debe entenderse que el material descrito es siempre bronce. En cuanto a los fragmentos de Peneda 2 y 3, por lo general en la descripción de los fragmentos correspondientes al tercio superior empleamos conceptos como borde, cuello y hombro, si bien los cambios de orientación no resultan particularmente acusados y, por lo tanto, podría optarse también por diferenciar únicamente borde y cuerpo.

a) Fragmentos pertenecientes a Peneda 1:

1) Fragmento de chapa, curvo, con huellas de fuego en su parte externa y pátina verdosa al interior. Sus DMA son 8'5 * 7'5 cm. No son visibles las suaves líneas verticales incisas que presentan otros fragmentos.

2) Fragmento de chapa con una doblez algo acusada en uno de los laterales, con pátina verde claro al interior y huellas de fuego al exterior. DMA 6'4 * 3'5 cm

3) Fragmento de chapa, curvo, con pátina verde claro al interior y suaves huellas de quemado al exterior. Tiene pegada una etiqueta con las indicaciones A VIII, A X y A XI. DMA 10'4 * 6 cm.

4) Fragmento de lámina casi rectangular con pátina verdosa al interior y fuertes huellas de quemado al exterior. El interior presenta esas características líneas incisas que vemos en algunos otros fragmentos. DMA 5'2 * 4'2 cm.

5) Fragmento casi triangular con pátina verde claro al interior y restos de quemado al exterior. En el interior muestra dos bandas de cinta adhesiva, una ancha y otra más estrecha. DMA 5'9 * 4'8 cm.

6) Fragmento con pátina verdosa al interior, restos de líneas incisas y dos bandas de cinta adhesiva, una ancha y otra más estrecha, que unían este fragmento al anterior (nº 5); tiene huellas de fuego al exterior y sus DMA son 6'8 * 6'2 cm.

7) Fragmento de pequeño tamaño con una banda ancha de cinta adhesiva, pátina verdosa al interior y huellas de quemado al exterior. DMA 3'9 * 3 cm.

8) Fragmento de chapa con pátina verdosa al interior (aparentemente lavada en época reciente) y huellas de fuego al exterior (aparentemente también frotado). Presenta las finas líneas incisas al interior, percibiéndose claramente en las fotografías macro que se trata de pequeños surcos que deforman ligeramente la superficie; no se perciben rebabas. DMA 3'9 * 3'5 cm.

9) Pequeño fragmento con pátina verdosa algo irregular al interior y restos de quemado al exterior. DMA 2'5 * 2'2 cm.

10) Fragmento de chapa con pátina verdosa y restos de tierra al interior, y huellas de fuego al exterior. DMA 7'9 * 5'5 cm

11) Fragmento con un lado casi recto y otro bastante cóncavo. Tiene pátina verdosa e incisiones al interior y huellas de quemado al exterior. DMA 8'6 cm * 4'9 cm.

12) Fragmento con pátina verdosa al interior, algo más oscura que en los anteriores, y huellas de fuego al exterior. DMA 6'6 * 3'5 cm

13) Pequeño fragmento con pátina verdosa al interior y huellas de fuego al exterior. DMA 2'6 * 3'2 cm.

14) Pequeño fragmento con pátina verdosa y líneas incisas al interior y huellas de quemado al exterior. Presenta un ligero corte. DMA 3'2 * 3'4 cm.

15) Fragmento con pátina verdosa y restos de incisiones al interior y huellas de quemado al exterior. DMA 4'3 * 2' 9 cm.

16) Fragmento de chapa con pátina verdosa y líneas incisas al interior y huellas de fuego al exterior. En el interior se observan los restos de una banda ancha de cinta adhesiva y el exterior tiene una etiqueta pegada con la indicación AX. Presenta dos pequeñas líneas de rotura. DMA 9'5 * 8 cm.

17) Fragmento de chapa con pátina, líneas incisas y restos de banda adhesiva ancha al interior; restos de quemado al exterior. Muestra varias grietas o líneas de rotura. DMA 15 * 9'4 cm.

18) Fragmento con pátina verdosa e incisiones al interior y huellas de fuego al exterior. Presenta línea de rotura y tiene un perímetro irregular, aunque de tendencia trapezoidal-cuadrangular. DMA 10'4 * 12'6 cm.

19) Fragmento con curvatura, pátina verdosa e incisiones al interior y huellas de quemado al exterior, con una pequeña línea de rotura. Por su curvatura pertenece seguramente a la parte media del caldero. DMA 15 * 14 cm.

20) Fragmento con pátina verdosa y líneas incisas al interior y huellas de fuego al exterior. Presenta cuatro líneas de rotura de diferentes tamaños.

21) Fragmento con pátina verdosa e incisiones al interior y huellas de quemado al exterior, donde presenta además marcas de óxido que indican su posible contacto con una superficie de hierro; muestra también una etiqueta con la leyenda AV. Tiene dos líneas de rotura y sus DMA son 19'6 * 11 cm.

22) Fragmento perteneciente al tercio superior y borde, con pátina verdosa e incisiones por el interior y huellas de quemado al exterior, donde también figura una etiqueta con la indicación AI. Casa con el fragmento siguiente o 23. Tiene una larga línea de rotura y sus DMA son 20'5 * 16'8 cm.

23) Fragmento, al igual que el anterior, perteneciente al tercio superior y borde del recipiente, con pátina verdosa e incisiones verticales al interior y huellas de quemado al exterior. Tiene una abolladura con perforación central, como posible resultado de un golpe de pico. Casa con el fragmento anterior o 22 y sus DMA son 20 * 25'5 cm (lam. II.1).

24) Fragmento de lámina con un tramo de borde, presenta pátina verdosa con incisiones verticales y restos de tierra al interior, huellas de fuego al exterior. Pese a ser un borde no casa con los anteriores. DMA 16 * 16'7 cm (lam. II.2).

25) Fragmento de chapa abombado perteneciente al fondo del recipiente, con una grieta o línea de rotura que alcanza el punto central. Presenta numerosas líneas incisas de longitudes variables, que parten desde el centro de la chapa hacia el perímetro exterior (lam. I.6). La pátina tiene color verde claro por el interior y

presenta al exterior huellas de fuego. En el fondo pueden observarse ligeras abolladuras. DMA 41'5 * 35'6 cm (lam. I.5).

Como posiblemente destinadas a Peneda 1, concretamente al borde, pueden mencionarse dos barras alargadas lisas, con uno de los bordes engrosado. En otros puntos de las barras, preferentemente cerca de ambos bordes, son visibles las huellas de martillado. Blanco (1998: 115) interpretó estos dos fragmentos como pertenecientes al caldero por él reconstruido, con agarraderas y asa de hierro, solución que creemos incorrecta por lo abajo expuesto. Como igualmente comentaremos más adelante, no sabemos si estas dos láminas eran originalmente curvas y fueron enderezadas posteriormente o, por el contrario, responden a una preparación previa de refuerzo de borde que nunca llegó a colocarse. El examen de los fragmentos de A Peneda muestra que esta chapa no formaba parte del borde de los calderos 2, 3 y quizá tampoco del 1. El fragmento más largo presenta un signo grabado, que Blanco interpreta como una psi griega:

26) Fragmento de barra lisa, plana y alargada, con ligeras curvaturas. Presenta un lado engrosado y el otro más fino. Tiene pátina verdosa y cerca de su punto medio puede verse grabado un signo similar a una psi griega en posición invertida (lam. II.3). Mide 52'2 cm de largo y entre 2'5 y 3 cm de ancho. Su espesor medio es decreciente desde el lado más ancho, siendo aquí de 4 o 5 mm y de 1 mm en el lado estrecho.

27) Fragmento de idénticas características que el anterior. Mide 14 cm de largo y 2'5 de ancho.

b) Fragmentos de adscripción indeterminada:

Aquí agrupamos piezas que no hemos podido filiar con seguridad a ninguno de los tres recipientes, aunque se encontraban depositadas en el mismo contenedor plástico que el resto de los fragmentos. Son en su mayoría de hierro, aunque hay dos de bronce sin curvatura.

28) Fragmento de chapa broncea de perímetro cuadrado con pátina verdosa/marronácea por ambos lados y sin huellas de fuego; tiene una ligera curvatura en uno de sus lados. DMA 4 * 3'7 cm.

29) Fragmento de bronce con pátina verde muy viva por un lado y marronácea por el otro, sin vestigios de exposición al fuego. Dos de sus lados están ligeramente curvados y sus DMA son 6'2 * 3'5 cm.

30) Fragmento de hierro alargado y algo curvo, de sección cóncavo-convexa. Mide 9'6 * 1'8 cm.

31) Fragmento similar al anterior, aunque recto y de inferiores dimensiones. Mide 8 cm de largo y 1'7 de ancho.

32) Fragmento similar a los anteriores, pero más fino y ligeramente curvo. Mide 9 cm de largo y 1'5 de ancho.

33) Astilla alargada y puntiaguda. Mide 9'7 cm de largo y 0'9 de ancho.

A continuación cabe citar cinco láminas o astillas alargadas de hierro que tal vez podrían identificarse en algunos casos como hojas de cuchillos, aunque ello requiere suma cautela por el grado de corrosión que presentan (lam. II.4).

34) Fragmento alargado y con los lados mayores curvos. Mide 7'8 cm de largo y 1'9 de ancho.

35) Pequeño fragmento con los lados paralelos dos a dos. Mide 4 cm de largo y 1'8 de ancho.

36) Fragmento de 5'8 cm de largo y 2'7 de ancho.

37) Fragmento de 4'8 cm de largo y 2'8 de ancho.

38) Fragmento curvo o «afalcatado» de 4'4 cm de largo y 1'6 de ancho.

Otros fragmentos de láminas de hierro, de grosor variable que alcanza en ocasiones los 5 mm, son los siguientes:

39) Fragmento ligeramente curvo, puede pertenecer a la abrazadera de los calderos 2 o 3. Mide 5'4 cm de largo y 2'7 de ancho.

40) Lámina alargada con una especie de espigo provocado por la rotura. Mide 8'2 cm de largo y 3'3 de ancho.

41) Fragmento de lámina, mide 5'6 cm de largo y 4'4 de ancho.

42) Fragmento de 7'5 * 6'3 cm.

43) Fragmento de 5'6 * 5 cm.

44-48) Cinco fragmentos de hierro de dimensiones reducidas, con lados inferiores a los 2'5 o 3 cm.

c) Fragmentos pertenecientes a Peneda 2 y Peneda 3:

49) Asa de hierro a la que faltan los dos extremos; una de las zonas de rotura se encuentra actualmente torcida formando ángulo recto. Originalmente tendría sección cuadrado-romboidal con adelgazamiento hacia los extremos. Mide 48'5 cm de longitud, 1'3 cm de grosor en su punto central y 1 cm en el extremo (lam. II.5). A partir de este elemento y los dos descritos a continuación puede calcularse que la distancia entre los puntos superiores de los dos enganches de asa enfrentados sería de unos 50-54 cm, siendo el diámetro del borde algo inferior, en torno a los 42-44 cm. Pertenecer a Peneda 2, al igual que los dos elementos siguientes.

50) Fragmento de abrazadera en hierro, elaborado sobre la base de una tira plana que se redondea en forma de omega para formar el enganche de asa. Mide 49 cm de longitud y su anchura en las partes planas ronda dos 2'5-3'5 cm. En la zona del enganche de asa tiene 1'6 cm de sección. Su orificio interno tiene 3 cm de largo y 2'1 de ancho. En la cara interior presenta dos fragmentos de lámina de bronce con pátina verdosa, unidos mediante remaches de hierro; se aprecia en otro punto un pequeño vestigio de bronce. En la parte exterior pueden verse las cabezas de tres remaches muy oxidadas, cuya identificación está ratificada por la posición interior de las láminas de bronce; de derecha a izquierda, el segundo remache dista del primero 15 cm, y el tercero del segundo 18 cm (lam. III.1-2).

51) Fragmento de abrazadera de idénticas características que la anterior; de hecho, no sabemos si ambos formaban una única pieza o componían dos tramos semicirculares, tal como hoy podemos apreciarlos. Por el interior presenta dos fragmentos de lámina unidos mediante remaches de hierro. El primer fragmento se sitúa a la izquierda, con unas dimensiones de 18 cm de longitud y unos 4-4'5 cm de anchura. Los remaches se sitúan prácticamente en los puntos de rotura, distanciados entre sí 15 cm; su aplastamiento tiene un diámetro de unos 2 cm. El otro fragmento de chapa broncea es más pequeño, mide 3'5 * 3 cm y tiene sobre sí un remache a 18 cm de distancia del más próximo. El extremo izquierdo de la abrazadera (visto desde dentro) está doblado sobre sí mismo (lam. III.1,3).

52) Pequeña chapa de hierro perteneciente a la abrazadera de un caldero. Conserva por su interior un fragmento de chapa de bronce unido mediante un remache de hierro. Mide 8'1 * 3'2 cm; la chapa de bronce interior mide 3'6 * 4'7 cm.

53) Fragmento de lámina de bronce perteneciente al borde y cuello del caldero, con pátina verdosa provista de tonalidades marronáceas al interior. En su parte externa inferior presenta restos de una abrazadera de hierro similar a las descritas anteriormente, que iría fijada por cuatro remaches de bronce, cuyas cabezas en dos casos pisan todavía pequeños fragmentos de la abrazadera actualmente desaparecida; tres de los remaches se sitúan equidistantes a unos 4 cm, mucho más próximos por lo tanto que en los fragmentos 50 y 51, y el cuarto está situado a 1'4 cm por encima del tercer remache, de izquierda a derecha por el interior. En la parte inferior de la chapa se aprecia el arranque del hombro del caldero. Las DMA son 16'5 * 4'9 cm. Pertenecen a Peneda 3 (lam. IV.1-2).

54) Fragmento de chapa de bronce correspondiente al borde y cuello del caldero. Conserva el arranque del cuerpo y los restos de la abrazadera de hierro. Tiene un remache de bronce situado a 3'9 cm del lado izquierdo del caldero, mirado desde su interior; a la misma altura, es decir a 1'4 cm del borde, hay dos agujeros; el primero, de 2'5 mm de diámetro y situado a escasos milímetros del borde izquierdo del caldero, puede deberse a un lañado para reparación, mientras que el otro parece meramente accidental. En el borde la lámina presenta una banda de 0'5 cm de ancho que lo recorre en su totalidad, pudiendo sospecharse que se trata de algún pulido o impronta de algún tipo de recubrimiento. Por su parte externa tiene una etiqueta con la referencia B2. Este fragmento casa con el siguiente o número 55 y seguramente pertenecería a Peneda 3. DMA 19'3 * 6'2 cm (lam. III.6).

55) Fragmento de lámina correspondiente básicamente al hombro y cuerpo superior del caldero, aunque conserva una pequeña parte del cuello (o, si se prefiere, arranque del borde) que casa con la rotura izquierda del fragmento anterior o 54. No hay restos de remaches y las perforaciones pequeñas y roturas parecen todas de carácter postdeposicional. Por la curvatura del hombro, debió pertenecer a un caldero de diámetro diferente al de las abrazaderas conservadas, pues la deformación de las láminas no resulta una explicación convincente para las diferencias de diámetro observadas; pertenecería, por lo tanto, a Peneda 3. Presenta una etiqueta con la referencia BII. Sus DMA son 20'5 cm de largo (tomada

con cuerda y no en línea recta como en el resto de los casos) y 7'4 de ancho, tomada en la parte de cuello + hombro (lam. IV.3).

56) Fragmento de chapa correspondiente a la zona de unión con las abrazaderas. No tiene remaches, pero son visibles las huellas y concrecciones de óxido; está deformado y presenta una curvatura inferior a la que debió poseer originalmente. Conserva el arranque del cuerpo, deformado por su doblez hacia el interior. Mide 13'6 * 4'4 cm.

57) Fragmento de características similares al anterior, también sin remaches pero con manchas y concrecciones de óxido de hierro. Mide 10'1 * 3'9 cm.

58) Fragmento similar a los dos anteriores, también sin remaches pero con las concrecciones y manchas de óxido prácticamente imperceptibles. Mide 14'8 * 3'8 cm.

59) Pequeño fragmento triangular similar a los anteriores, sin remaches y con manchas visibles de óxido de hierro. Mide 4 * 3'8 cm.

60) Fragmento de chapa correspondiente a la parte superior del cuerpo de un caldero; podría casar con la parte izquierda (observado desde fuera) del fragmento 55, aunque la deformación y las líneas de rotura actuales imposibilitan asegurarlo. Siempre visto desde el exterior, en el lado derecho preserva dos restos de la chapa contigua, fijados mediante remaches de bronce, tres todavía visibles conservándose del cuarto (segundo empezando por arriba) la perforación (lam. IV.4-5); estos remaches de disposición vertical están equidistantes entre sí 1 o 1'1 cm aprox. En el borde horizontal inferior, presenta improntas o marcas de la chapa que continuaba hacia abajo el cuerpo del caldero, dos remaches de bronce que han perdido la cabeza y los agujeros de otros dos perdidos (los de los extremos); están equidistantes entre sí a 1'4 cm. Presenta restos de quemado al exterior y sus DMA son 10'4 * 6'2 cm. Pertenece probablemente a Peneda 3 (lam. IV.4).

Describimos a continuación varias chapas de bronce (fragm. 61-65) correspondientes al tercio inferior de un caldero y que, muy hipotéticamente, podrían estar unidas de derecha a izquierda en una observación desde su interior. No obstante, esta hipotética reconstrucción requiere suma cautela al ser patentes las roturas irregulares, deformaciones, etc. La línea de rotura inferior del fragmento 63, con remaches, prueba que éste se cerraba mediante una chapa de perímetro circular y unos 12 o 14 cm de diámetro aproximado. El grosor de estas chapas del tercio inferior es similar en los cinco fragmentos descritos a continuación y apoya su pertenencia a un mismo recipiente; no debe descartarse la pertenencia al mismo caldero que los fragmentos de cuerpo anteriores por el hecho de que ahora el espesor sea algo mayor, ya que es lógico que así sea en la parte en contacto con el fuego. No en vano, por su curvatura es prácticamente seguro que pertenecieron a un caldero de dimensiones inferiores a las sugeridas por las agarraderas de hierro y, por consiguiente, resulta viable su atribución a Peneda 3:

61) Fragmento de chapa de bronce correspondiente al tercio inferior de un caldero. Presenta huellas de quemado al exterior y en su parte superior cinco remaches de bronce que lo unen a una chapa infrapuesta, es decir, fijada a estas

chapas del tercio inferior por su cara interna, lo que dificulta la permeabilidad de la unión; esta característica es común a la totalidad de los cinco fragmentos de este tercio inferior. Los cinco remaches están más o menos equidistantes entre sí a 1'3 cm y son de cabeza hemisférica achatada. Presenta una etiqueta con la indicación BI. Sus DMA son 8'8 * 6'6 cm.

62) Fragmento correspondiente al tercio inferior de un caldero, con huellas de fuego al exterior. En la parte superior tiene cinco remaches para unir a la lámina de arriba. Falta un sexto remache (el quinto empezando por la izquierda si miramos desde dentro), aunque se conserva el agujero; equidistan entre sí aprox. 1'4 cm. En la parte exterior puede verse una reparación realizada con una tira broncea de unos 2'3 cm de ancho y 4'5 de largo, aunque es difícil observar si continuaba hacia la derecha, por la suciedad y deficiente estado de conservación de la chapa en esta zona; se pueden contar hasta 9 remaches, de disposición relativamente irregular, algunos muy próximos (a menos de 1 cm), y que en líneas generales se distribuyen por la parte superior e inferior de esta tira de reparación. Dicha tira de reparación prácticamente se pega a la línea de rotura derecha y se sitúa a 6'3 cm del borde superior de la chapa; los remaches que la unen a la chapa principal son difíciles de apreciar al interior y, desde luego, no todos pasan a la cara interna del caldero, siendo martillados contra el propio añadido de reparación. En la parte inferior, en una zona que está a punto de desprenderse, puede verse un pequeño fragmento de lámina unido mediante un remache a la cara interior, que puede corresponderse con un añadido para reparación. Mide 12'4 * 11'1 cm y tiene al exterior una etiqueta con la referencia BI (lam. IV.6).

63) Fragmento de chapa perteneciente al cuerpo inferior del caldero; tiene pátina verde clara al interior y huellas de fuego al exterior. Conserva parte de la chapa que iba por arriba, que se unía por dentro a la chapa de este fragmento 63 mediante 21 remaches de bronce de cabeza semicircular achatada. En la parte inferior izquierda, mirado desde el exterior, se observan los restos de la chapa circular del fondo (mide 5'9 cm), que se sobreponía a la chapa que ahora describimos, la cual en su parte inferior conserva un agujero para remache; se conservan en esta zona cinco remaches de cabeza hemisférica; no son equidistantes, y las distancias varían desde 1'6 cm (entre el primero y el segundo empezando por la izquierda) y 1 cm (entre el segundo y el tercero) (lam. V.3). Hay una reparación realizada mediante una tira de 3'3 * 0'9 cm. Se sitúa a 6'9 cm del borde superior de la chapa y a 4'7 del punto de rotura derecho (visto desde fuera); esta tira de reparación está fijada mediante cuatro remaches de bronce y cabeza hemisférica equidistantes 0'9 cm. Las DMA del fragmento son 25'3 * 12'7 cm (lam. V.2).

64) Fragmento de chapa de caldero correspondiente al tercio inferior; pátina verdosa al interior y restos de quemado al exterior. Conserva en la parte superior los restos de la chapa que se unía por la cara interna, como en los casos anteriores; está unida mediante 13 remaches de bronce con cabeza hemisférica achatada.

Faltan 2 remaches y se conservan los agujeros (son el primero y el quinto empezando por la derecha y mirando desde fuera). DMA 20 * 9'2 cm.

65) Fragmento de chapa correspondiente al tercio inferior del caldero, con huellas de quemado al exterior y pátina verdosa al interior. Conserva parte de la chapa superior en la cara interna, aunque sólo mide 3'7 * 1'4 cm. Presenta seis remaches iguales a los del fragmento anterior y el agujero de otro (el tercero empezando por la izquierda y mirando desde fuera). DMA 11'5 * 6 cm.

66) Fragmento de chapa perteneciente al cuerpo superior de un caldero; presenta una tira de reparación situada sobre el punto de rotura superior en la parte derecha mirando desde el exterior. Mide 6'5 * 1'1 cm aunque seguramente continuaba hacia la derecha. Las DMA del fragmento son 11'1 * 6'4 cm (lam. V.1).

67) Fragmento muy irregular y aplastado, para cuya adscripción puede optarse entre su pertenencia al hombro o, casi seguramente, a la parte inferior en contacto con la lámina circular del fondo. Posee la interesante particularidad de presentar tiras de reparación por el interior y que se remachan desde fuera hacia dentro batiéndose por la cara interna; concretamente son dos las tiras, la situada a la derecha es más estrecha y mide 3'2 * 1'3 cm, uniéndose mediante tres remaches equidistantes 1'5 cm; la situada a la izquierda mide 8'2 * 2'2 cm y está fijada mediante 12 remaches que se disponen en dos líneas de 6; equidistan 1'8-2 cm en horizontal y 1'3 cm en vertical (lam. V.5). En la parte exterior se aprecian al menos dos tiras de reparación fijadas mediante 17 remaches de disposición algo irregular, además de un agujero. Su posible pertenencia al fondo puede apoyarse en la abundancia de reparaciones para impedir los vertidos. Muestra al exterior huellas de quemado cubiertas por una pátina verde claro. DMA 14'5 * 9'3 cm (lam. V.4).

68) Pequeña lámina correspondiente al fondo, con dos tiras de reparación interior (la de la izquierda sobrepuesta a la derecha). Por dentro se cuentan al menos 8 remaches y por fuera al menos 11 dispuestos de forma irregular. Restos de quemado al exterior cubiertos por una pátina verde claro. Seguramente se trata de la continuación del fragmento anterior por su lado derecho, en una visión desde el exterior. Mide 7'9 * 3'5 cm (lam. V.6).

69) Chapa de caldero de borde semicircular, probablemente pertenece a un fondo. Tiene 7 remaches de bronce de cabeza hemisférica, que la unían a otra chapa infrapuesta, de la cual se conservan restos pisados por los remaches; tiene al exterior ligeras huellas de fuego y una pátina verdosa clara, algo más oscura al interior. DMA 9'5 * 4'9 cm.

70) Fragmento de chapa, que puede pertenecer al hombro o cuerpo superior de un caldero. Tiene huellas de fuego al exterior y pátina verdosa al interior. En la parte inferior conserva marcas de la chapa de unión, situada sobrepuesta (lo que apoya la idea de su pertenencia al tercio superior) y se conserva también un remache sin cabeza y el agujero de otro, distantes entre sí 1'4 cm. Mide 12 * 7'1 cm.

71) Fragmento irregular y curvado. Por su similitud con otros fragmentos puede suponerse su pertenencia al borde de un caldero, concretamente a la zona alojada bajo las abrazaderas. Mide 9 * 4 cm.

72-85) Catorce fragmentos de chapas finas, con numerosas roturas, muy irregulares y de pequeño tamaño, con lados siempre inferiores a los 10 cm, y cuya adscripción a una parte concreta del caldero presenta problemas en la gran mayoría de los casos. Uno de los fragmentos pertenece al borde y otro, muy deteriorado, presenta dos remaches.

Al material descrito cabe añadir tres elementos de hierro, también con procedencia atribuida al castro de A Peneda pero que se encuentran guardados en una bolsa de plástico separada del conjunto anterior:

86) Fragmento de asa con extremo vuelto y sección cuadrado-romboidal, con adelgazamiento progresivo hacia el extremo. Seguramente corresponde a uno de los extremos perdidos de la gran asa de Peneda 2, resultando proporcionadas las dimensiones respecto a los enganches de asa de este segundo caldero. A partir de la unión de este fragmento y el asa de Peneda 2 (nº 49) puede calcularse que la distancia entre los extremos vueltos de asa-orificios de enganche sería de unos 52-54 cm. Mide 19'5 cm de longitud y 5'4 cm de ancho máximo (lam. II.5-6).

87) Anilla de hierro de sección plana y perímetro ligeramente ovalado. Su diámetro exterior es de 4'5 y 4'1 cm en sus ejes mayor y menor respectivamente, siendo por el interior de 3'3 y 3 cm; su espesor oscila entre 0'3 y 0'4 cm.

88) Aro de hierro de sección plana y adelgazamiento progresivo hacia una ligera abertura. Es difícil establecer si la abertura es original o si, por el contrario, el aro estaba originalmente cerrado; funcionalmente pudo haber formado parte de algún sistema de suspensión. Su diámetro, medido por ejes perpendiculares, es de 11 * 11'4 cm, midiendo la abertura 0'6 cm y el ancho en la zona lateral 1'2 cm; su espesor ronda los 0'4-0'5 cm.

Caracterización de los recipientes y aspectos tecnológicos

Como anteriormente expusimos, Blanco Freijeiro publicó a partir de los fragmentos aquí estudiados la reconstrucción de un caldero similar a los morfotipos del Bronce Final Atlántico. Por el contrario, y como queda dicho ya, una revisión detenida del material depositado en el Museo de Pontevedra obliga a considerar la existencia de al menos tres recipientes metálicos cuyas características esbozamos a continuación.

El primer caldero o Peneda 1 se compone de una chapa de grosor medio que se deformó hasta conseguir un recipiente de fondo curvo y pared de tendencia vertical ligeramente extravertida. Para la abertura de su boca hemos calculado un diámetro de 56'8 cm a partir de la curvatura de uno de los fragmentos mayores y, de forma hipotética, podemos estimar que su altura oscilaba entre los 30 y los 45 cm. Aunque debido al estado de conservación de los fragmentos resulta complicado emitir opiniones fundadas sobre el proceso de fabricación, puede

sospechase que tuvo lugar mediante el martillado en frío y posible batido de la chapa sobre una superficie cóncava hasta darle forma. Una variante de este proceso consiste en estirar sobre el tas o yunque una placa de bronce dirigiendo el alargamiento hasta lograr la forma deseada; este último proceso está más próximo al forjado que al martillado, pero se efectúa en frío después de recocidos de recristalización (Dubos, 1989: 432); la puesta en marcha de estas técnicas requiere un profundo conocimiento de las aleaciones —suele ser un bronce binario al 7-12 % de estaño— y de las temperaturas de recocido, lo que permite obtener un recipiente de gran capacidad a partir de una cantidad pequeña de materia prima. Puede asegurarse que para fabricar este primer caldero no se requirió de procesos más trabajosos, como la cera perdida, también empleada con frecuencia en el mundo romano para elaborar recipientes en bronce (Dubos, 1989: 432-34). Procesos similares de batido y martillado de láminas o masas de metal para la fabricación de cuencos o recipientes de mayor tamaño se remontan cuando menos al Bronce Final; en láminas finas de oro o bronce, en razón de las diferentes fases del proceso, es necesario trabajar sobre bloques de apoyo cambiantes, emplear diferentes tipos de martillo y golpear tanto desde el interior como desde el exterior (Perea, 1991: 103s).

En Peneda 1, los tratamientos de acabado y el estado actual del material dificultan la visualización de los procesos previos. No obstante, puede señalarse un tratamiento al interior que produjo unas suaves líneas incisas que parten en dirección vertical desde la zona central del caldero hacia el borde y que tal vez se relaciona con el proceso de estirado y modelado del bronce (lam. I.6). Actualmente no se observan elementos de suspensión, aunque ello no implica que no hayan existido, puesto que no se conserva la totalidad del perímetro del borde. Los elementos de suspensión pueden lograrse mediante procedimientos tan sencillos como el perforado de la chapa, que en ocasiones se efectúa en una zona de ligero estiramiento dando lugar a una forma análoga a lo que en cerámica denominamos asas de oreja. De todos modos, si el caldero se suspendía es probable que no sostuviese grandes pesos, pues ello seguramente acabaría provocando su deformación si tenemos en cuenta la ausencia de refuerzos.

Los otros dos calderos, en principio, parecen diferir en tamaño pero no en cuanto a morfología, que se corresponde en el cuerpo con la que presentan los calderos atlánticos de remaches. Se trataría de un modelo similar al que propuso Blanco Freijeiro, salvo en lo que concierne al sistema de abrazaderas y borde, donde es obligado pensar en una solución diferente. Anteriormente expusimos las razones para establecer la diferenciación entre Peneda 2 y Peneda 3, que básicamente se ceñían a la desproporción existente entre el diámetro de las abrazaderas de hierro y la curvatura de algunas de las láminas conservadas, que sugieren su pertenencia a un caldero más pequeño, y a la existencia de un fragmento de borde con improntas de abrazadera en hierro y remaches de bronce (lam. IV.1-2), lo que le confiere un sesgo diferencial respecto a los otros fragmen-

tos de esta zona pertenecientes a Peneda 2, que siempre presentan remaches de hierro.

Establecida esta diferenciación, conviene remarcar que los fragmentos conservados no permiten la reconstrucción de ningún caldero completo y en no todos los casos resulta viable su adscripción a cada uno de ellos, si bien aquellas láminas de cierto tamaño y cuya ubicación es determinable pertenecen con bastante probabilidad a Peneda 3. Por el contrario, los elementos definidores de Peneda 2 son el asa y las abrazaderas de hierro y posiblemente algunos fragmentos (nº 56-59) pertenecientes al cuello-borde con improntas de abrazadera, si bien la ausencia de remaches imposibilita una determinación al respecto; a partir del material conservado, puede calcularse un diámetro de unos 52-54 cm medido en el punto de contacto entre los orificios de enganche y los extremos vueltos del asa. Las abrazaderas todavía conservan por su cara inferior fragmentos de lámina unidos mediante remaches que equidistan unos 15-18 cm y que se aplastan por el interior. Si atendemos a las posibilidades de reconstrucción de la parte superior del caldero, se constata que en Peneda 2 y 3 el borde se conformaba mediante la prolongación hacia arriba y en dirección ligeramente convergente de las láminas remachadas a las abrazaderas; el resultado es un borde liso, sin refuerzos y que en la boca o abertura de Peneda 2 presentaría un diámetro de unos 42-45 cm, ligeramente inferior al existente entre los orificios de los enganches de asa (lam. III.4-5). No hay otra opción viable, por lo que debemos desechar la solución propuesta por Blanco Freijeiro. Únicamente debemos indicar la existencia de una impronta longitudinal, a modo de estrecha banda, en el borde del fragmento 54 y que parece deberse a algún tipo de pulido o recubrimiento (lam. III.5-6).

A Peneda 3, y tal vez en algún caso a un posible cuarto recipiente de características muy similares, pertenecen una serie de fragmentos de diferentes dimensiones y cuya curvatura indica un tamaño bastante inferior a Peneda 2; cabe mencionar un par de fragmentos pertenecientes al borde, con improntas de agarradera y remaches de bronce (nº 53-54), tres que pertenecen al hombro o tercio superior (nº 55, 60, 66) y cinco pertenecientes al tercio inferior en contacto con la lámina circular del fondo (nº 61-65). Mayores problemas de adscripción, en parte debido a nuestro desconocimiento del desarrollo inferior de Peneda 2, presentan los fragmentos de fondo(s), seguros o muy probables (nº 67-69) y algún otro interpretable como tercio superior (nº 70).

En cuanto a la secuencia constructiva de Peneda 2 y 3, la parte más elevada se compone mediante láminas cuya anchura permite conformar el caldero desde la boca hasta el hombro o tercio superior, tal como puede observarse en los fragmentos 54 y 55; hay otros fragmentos pertenecientes al tercio superior del cuerpo, pero su rotura no permite apreciar cómo se resolvía la parte superior del caldero al que pertenecían. A continuación, y lo que sigue es válido únicamente para Peneda 3 ante la carencia de datos para el segundo caldero, es probable que existiese una banda intermedia conformada mediante dos o más láminas de unos

8-10 cm de anchura que servían de unión entre las láminas del borde-tercio superior y las que formaban parte del tercio inferior en contacto con la lámina circular del fondo; sin embargo, es algo que no podemos asegurar, en tanto que no existe ningún fragmento que podamos atribuir con total seguridad a esta zona de los recipientes. Los únicos fragmentos susceptibles de ofrecer información en este sentido son el 60 (perteneciente al hombro), el 62 y el 63 (pertenecientes a la parte inferior). El fragmento 60 (lam. IV.4) presenta ligeras deformaciones, por lo cual no puede garantizarse que fuese unido a las láminas inferiores; tampoco puede excluirse la posibilidad de que perteneciese a dicha chapa intermedia y no al hombro, pues la ligera deformación en uno de los laterales puede llevar a equívocos. Otra opción posible, pero si cabe menos probable, es la inexistencia de láminas intermedias y, por lo tanto, la conformación del caldero mediante dos bandas de láminas anchas y una tercera circular que cerraría el caldero por el fondo, dando lugar a un recipiente de aspecto quizá algo más achatado y conforme al esquema compositivo que muestran los calderos de Cabárceno y Lois (Schubart, 1961).

Si observamos la evolución de los calderos atlánticos de remaches del Bronce Final, podemos apreciar en este aspecto la existencia de tradiciones constructivas homogéneas pero lentamente variables, cuya tendencia general es el incremento en el número de láminas o chapas empleadas. Así, los tipos insulares de clase A se fabrican únicamente mediante tres láminas, dos que conforman el cuerpo del caldero, de disposición contigua y unidas con sendas líneas verticales de remaches, y una circular de gran tamaño que cierra a las anteriores por el fondo sobreponiéndose a ellas; cuando un caldero de tipo A difiere de este esquema se debe a que ha sido objeto de reparaciones que alteran la configuración original (Gerloff, 1986: 86). Por su parte, en los dos calderos conservados íntegros en la Península, Cabárceno y Lois, el modelo se complica incorporando una banda estrecha en la parte superior que se une a las anchas que componen el cuerpo del caldero (Schubart, 1961). Este aumento de elementos compositivos también lo encontramos en los calderos británicos de tipo B, mostrando el ejemplar de Castlederg un cuerpo con cuatro bandas de chapas más la circular del fondo (Briggs, 1987: 172, fig. 8 y *passim*).

Las chapas o láminas que componen los calderos, como ya comentamos anteriormente, se obtienen mediante procesos de martillado en frío y probablemente batido, cuya observación resulta ocasionalmente viable en ejemplares restaurados. Contamos con algunos análisis publicados de chapas de caldero de remaches y, aunque en todos los casos se trata de ejemplares del Bronce Final o tránsito al Hierro, cabe destacar que muestran cantidades de estaño relativamente elevadas, sobre todo si tenemos en cuenta que en aleaciones con más del 10-12 % de estaño el bronce suele presentar en la estructura metálica segregados de una fase delta, dura y frágil, que dificultan su laminado y moldeado (Rovira y Montero, 1999: 192). Aunque pueden darse ligeras sobrestimaciones por enriquecimiento

de la zona analizada, o por la propia técnica empleada en la analítica, ello no impide constatar esta tendencia alcista. Así por ejemplo, el fragmento de chapa remachada recuperado en el poblado de Santinha (Amares), en un contexto cronológico antiguo (s. X cal ANE) ya postulado para otros ejemplares peninsulares (Armada, e.p./a), dio como resultado en el análisis un bronce binario con 21'03 de estaño (Bettencourt, e.p.). Para contextos cronológicos algo posteriores (ss. VIII-VII ANE) podemos mencionar los análisis realizados sobre material de São Julião y Torroso. En el primer caso, una pequeña chapa remachada, nos encontramos con un bronce ternario, con 18'94 de estaño y 3'08 de plomo; un remache de este mismo yacimiento presenta también un bronce ternario con 4'308 de estaño y 5'78 de plomo (Bettencourt, 2000b: 57s, 130s). En cuanto a Torroso, también sobre un pequeño fragmento con remaches, los porcentajes son 15'19 de estaño y 1'783 de plomo; las cantidades son todavía más elevadas en las dos asas de caldero, con proporciones de 29'42 Sn – 11'78 Pb en un caso y 26'26 Sn – 3'788 Pb en el otro (Peña Santos, 1992: 36s, 124).

Los remaches conservados en los fragmentos de A Peneda son de cabeza plana o hemisférica y reducido tamaño. No parece darse, al contrario que en otros casos conocidos, un interés por conceder a los remaches un carácter ornamental que se logra incrementando el volumen de su cabeza y dándole una sección cónica o piramidal. En la mayoría de las láminas los remaches pertenecientes a las zonas de unión, horizontal o vertical, se sitúan bastante próximos, generalmente equidistantes entre 1'3 y 1'5 cm; una disposición más irregular se aprecia en aquellos remaches destinados a fijar pequeñas chapas de reparación. Esto establece nuevamente un matiz diferencial respecto a otros ejemplares conocidos (Cabárceno, Lois o todos los británicos de la clase A), en los cuales los remaches se fijan más distanciados, sobre todo los correspondientes a las uniones verticales (Schubart, 1961; Gerloff, 1986). Cabe indicar, no obstante, que también conocemos otros recipientes con remaches dispuestos a menor proximidad. En las uniones horizontales la chapa superior se coloca por el interior, lo que dificulta la permeabilidad del caldero.

Otro aspecto a comentar, aunque sea brevemente, es la existencia de reparaciones o lañados en las chapas pertenecientes al cuerpo (lam. V.1,5). Este hecho ya se registra con frecuencia en los ejemplares más antiguos y resulta muy interesante la indicación de Gerloff (1986: 87) de que las reparaciones presentan a menudo una factura más tosca e inexperta que la mano de obra original y parecen realizarse con aquellos fragmentos de metal que se encuentran disponibles en el momento; no en vano, es probable –al menos en época romana está constatado– el recorte de recipientes amortizados para usarlos en reparaciones (Fuentes, 1990: 123). También en el presente caso nos encontramos con facturas menos depuradas técnicamente, si bien las reparaciones son de pequeña entidad y no reemplazan partes significativas del cuerpo del caldero, como sucede en otras ocasiones. Por lo general, se trata de pequeñas tiras de perímetro rectangular que

se fijan mediante remaches de disposición algo más irregular y que se sitúan a distancias variables, por lo general entre 1 y 2 cm. Normalmente se disponen por el exterior del caldero, aunque como se ve en el inventario también pudimos constatar casos en los que estas tiras de reparación van fijadas por el interior (lam. V.5). El hecho de que a veces se localicen en zonas en apariencia intactas se debe seguramente a que se aprovecha la perforación o rotura a reparar para alojar uno de los remaches.

En suma de cuentas, una de las incógnitas más importantes respecto a la caracterización de Peneda 2 y 3 se refiere a las dimensiones de ambos recipientes. En principio, Peneda 2 debió ser relativamente grande, a juzgar por las dimensiones del asa y abrazaderas, que como ya señalamos apuntan a un diámetro de unos 52-54 cm en la zona de contacto entre los extremos vueltos del asa y los enganches; aunque hay muy pocas evidencias que permitan conocer cómo se desarrollaba el cuerpo del caldero, puede suponerse por comparación con otros ejemplares conocidos que tendría una forma algo achatada y, por lo tanto, una altura que podría rondar los 40 cm. La propuesta es hipotética y únicamente se basa en los datos que proporcionan los hallazgos de Lois y Cabárceno, que poseen un diámetro en la boca similar al de Peneda 2. Así, según los datos que proporciona Schubart (1961: 39), el caldero de Lois mide 41 cm de altura, 52 de diámetro en la boca y 56 de diámetro máximo en el cuerpo, lo que le proporciona capacidad para unos 68 litros; a su vez, el diámetro de la boca de Cabárceno ronda los 52 cm, siendo el diámetro máximo 53 y su altura 36'5 cm (Coffyn, 1985: 395). Como ya expusimos con anterioridad, Peneda 3 debió poseer unas dimensiones más reducidas, con un diámetro en la boca que no debió superar los 35-40 cm y una altura algo inferior, si consideramos el carácter generalmente achatado de este tipo de recipientes. No obstante, debemos reconocer el carácter altamente hipotético de esta última propuesta, teniendo en cuenta la inexistencia de indicadores fiables y las dudas respecto a la atribución de los fragmentos de algunas chapas a uno u otro caldero.

Cabe concluir, por lo demás, que la caracterización formal y tecnológica de los tres calderos es de sumo interés, entre otras cosas porque constituye el principal argumento para su datación, teniendo en cuenta la, en principio, amplia cronología que muestran los materiales de A Peneda y la ausencia de datos sobre las condiciones de recuperación. En este sentido, nuestra propuesta de datación se inclina por un contexto castreño tardío, seguramente ya romanizado. En primer lugar porque a este período pertenecen los materiales que con total y absoluta seguridad podemos atribuir al castro y también los pocos datos estratigráficos con que podemos contar (González Fernández y Peña Santos, 1983). El resto de las ergologías (hachas, cuchillo, fíbulas, etc.) no dejan de presentar una atribución más o menos probable y no sirven para definir por sí solas un horizonte de ocupación estable.

Por otro lado, las características de Peneda 1 refuerzan esta propuesta de datación, dado que los grandes calderos de fondo curvo y una sola lámina, a veces

usados como palangana, son relativamente frecuentes en el mundo romano (Boesterd, 1956: 51, 61, pl. VII.169, IX.211s; Tassinari, 1975: 20, pl. XXV.111s; Dubos, 1989; Fuentes, 1990: 123s; Miglbauer, 1994; Sedlmayer, 1999: 138, 160). Este mismo modelo podemos encontrarlo en fechas anteriores en determinadas zonas, sobre todo en Oriente, pero hasta el momento no existe la menor posibilidad de su definición en el Noroeste.

En cuanto a Peneda 2 y 3, pese a sus similitudes formales con los calderos atlánticos de remaches del Bronce Final tampoco hay argumentos que impidan su adscripción a un momento galaicorromano. Es cierto que algunos calderos británicos del Bronce Final, concretamente los de Tulnacross y Lisdromturk, incorporan elementos de hierro (Briggs, 1987: 172-76), pero también lo es que el sistema de sustentación de Peneda 2 y 3 no aparece en los calderos de esta cronología y, por el contrario, sí es típicamente romano. Por otro lado, y pese a que desde siempre se han formulado ciertas recitencias, a día de hoy no puede dudarse de la larga perduración —acaso favorecida por su carácter simbólico y ritual— de este tipo de recipientes de chapas remachadas.

Al margen de algunos casos antiguos y poco resolutivos, pero que en cualquier manera prueban la pervivencia de los calderos de remaches a lo largo de todo el Hierro (p.e. Caravia y Monte Bernorio), tenemos en Campa Torres hallazgos en contexto estratigráfico que apoyan esta idea; en este castro asturiano aparecen fragmentos de este tipo ya en la fase fundacional, pero perduran durante varios siglos e incluso salen en contextos del s. III-II cal ANE, concretamente en el estrato V del testigo XVIII-XIX (Maya y Cuesta, 2001: 132, fig. 67.3). Otros hallazgos, bien es cierto que más confusos, permiten sostener la perduración hasta época romana, como pueden ser el del castro pontevedrés de Taboexa, un yacimiento que ha dado abundante material romano en bronce (Peña Santos, 1992: 29s); o el leonés de Villaceid, en el cual se recuperaron fragmentos de chapa remachada y un asa de hierro junto a hallazgos numismáticos romanos y fibulas de esta cronología, aunque algunas de las recuperadas en este mismo castro podrían ser anteriores (Morán, 1962: 105-111, lams. CII). Creemos que estas evidencias sirven para ratificar la perduración de este tipo de recipientes y, en consecuencia, atribuir una cronología tardía, incluso ya galaicorromana, para los fragmentos pertenecientes a Peneda 2 y 3.

OTRA VEZ EL CONTEXTO. PARA UN INTENTO DE INTERPRETACIÓN

En este caso, y una vez más, la interpretación arqueológica tiene que hacer frente a la que por lo general se considera su losa más pesada: la *descontextualización*. Algunos autores han subrayado en fechas recientes, con mucha razón, que en realidad no hay nada descontextualizado; quizá sería más correcto hablar de contextos-significativos-para-el-arqueólogo o contextos-que-responden-a-nuestras-preguntas, máxime teniendo en cuenta que la categoría de

contexto es más bien subjetiva y responde a una construcción cultural elaborada por un colectivo que comparte unos conceptos y bases de conocimiento. Pues lo cierto es que todo objeto arqueológico posee un *contexto* intrínsecamente cambiante y hasta las piezas obtenidas en una práctica tan deplorable como la expoliación clandestina poseen una dimensión contextual (por ejemplo, el mercado de antigüedades) que implica una práctica social (la expoliación), aunque sea de nefastas consecuencias.

Generalmente, el calificativo de *descontextualizado* suele aplicarse a aquellos depósitos arqueológicos no vinculados a otros elementos indicadores de la actividad del grupo responsable de su deposición; es el caso de los abundantes depósitos de metales de la Edad del Bronce o de las ocultaciones de tesorillos con piezas de oro y plata acaecidas, en gran parte de los casos, en momentos próximos al cambio de era. Si bien es cierto que la supuesta descontextualización suele considerarse una traba para la investigación, en fechas recientes se tiende a subrayar que esa situación constituye también una categoría informativa susceptible de aprovechamiento y, evidentemente, tiene unas implicaciones diferenciales respecto a aquellos otros objetos que sí suelen aparecer en contextos-significativos-para-el-arqueólogo (Armbruster y Perea, 2000). Sin embargo, el caso que nos ocupa puede constituir un ejemplo de material que sí poseía contexto significativo, o resolutorio a nivel de la interpretación arqueológica. Dado que una actividad humana no orientada a la investigación suprimió ese posible contexto, es necesario manejar datos de diferente tipo que permitan articular una interpretación congruente.

Uno de los más importantes inconvenientes, en este sentido, reside en la imposibilidad de establecer con seguridad la cronología de los recipientes, aunque ya hemos expuesto algunos indicios de su adscripción a un contexto castreño romanizado. La interpretación asumida para los calderos atlánticos de remaches, que aparecen en el Occidente peninsular en torno a los ss. XI-X a.n.e., sostiene que eran empleados en festines rituales, en los cuales tomaban parte también otros instrumentos como ganchos de carne o asadores articulados. Algunos indicios permiten sospechar para el ámbito atlántico la existencia de tradiciones de larga duración en torno al significado simbólico de determinados calderos metálicos, que aparecen citados de manera recurrente en la literatura vernácula irlandesa y galesa (Marco, 1994: 337-39, 344; García Fernández-Albalat, 1996: 53s; Armada, e.p./b). En el Noroeste peninsular, cabe citar un conjunto de bronceos sacrificiales que abundan en la misma idea de un carácter ritual para los calderos metálicos (Blanco Freijeiro, 1957; Pena Graña, 1991), pues puede constatarse que de un total de seis ejemplares al menos cuatro muestran representaciones de calderos (Instituto Valenciano de Don Juan, Celorico do Basto, la depositada en el Museo de Pontevedra y al menos una de las depositadas en el MAN).

Exceptuando las representaciones de Moñes, que parecen evocar el tema céltico del caldero de la regeneración (Marco, 1994), en los restantes casos

podemos apuntar una vinculación con rituales de sacrificio y banquete colectivo; así podemos deducirlo de los elementos compositivos de los bronceos (escenas de sacrificio, animales, hachas, etc.) y en la misma dirección indice el hallazgo de restos de caldero junto a una peña aflorante de carácter sacrificial en el castro ourensano de Novás (Rodríguez Colmenero, 1977: 324, fig. 1). Esta misma idea podría resultar válida para el caso que nos ocupa, si tenemos en cuenta el tamaño de los calderos, que permite pensar en un uso más bien colectivo o suprafamiliar, y las acusadas huellas de fuego todavía hoy visibles en buena parte de los fragmentos.

Otro aspecto que vale la pena destacar es la probable integridad de los recipientes en el momento de su hallazgo, hecho que ya hizo notar Blanco (1998: 115), acaso tras recoger informaciones orales al respecto, y que parece quedar ratificado tras la observación detenida del material conservado, que sin embargo no permite actualmente la reconstrucción completa de ningún ejemplar. Hasta el momento, tanto calderos de remaches como sítulas castreñas muestran un grado notable de fragmentación, y entre los primeros sólo nos han llegado íntegros en territorio peninsular los ejemplares de Cabárceno y Lois (García Bellido, 1941; Schubart, 1961). En algunos casos es viable proponer la existencia de intencionalidad en la fragmentación, circunstancia que ha merecido lecturas divergentes en razón del contexto de recuperación del material. Peña Santos (1992: 29) piensa en el troceado para refundición acerca de los fragmentos del castro de Torroso, mientras que González-Tablas (1990: 17) considera que la fragmentación intencional de los recipientes, como paso previo a su introducción en la pira, constituyó uno de los elementos básicos del proceso ritual desarrollado en la necrópolis abulense de Sanchorreja.

Evidentemente, las motivaciones para la fragmentación intencional pueden ser variadas, por lo cual las lecturas no han de resultar coincidentes. Por otro lado, toda tentativa de contrastación y análisis integrado de las pautas de abandono, amortización y/o deposición tiene en su contra las notables diferencias cronológicas existentes entre los tres casos señalados, pues Torroso se fecha en los ss. VIII-VII ane, la necrópolis de Sanchorreja sobre el VII-V ane y los fragmentos de A Peneda, como hemos visto, parecen pertenecer ya a un contexto romanizado. Teniendo en cuenta, pues, estas diferencias cronológicas, cabe subrayar que desde el punto de vista cuantitativo —es decir, en cuanto a peso o cantidad de metal— los fragmentos de A Peneda constituyen por el momento el hallazgo más relevante de los efectuados en la Península Ibérica si consideramos su probable deposición unitaria; incidimos en esta última condición, puesto que en el yacimiento de Sanchorreja también se han recuperado numerosos fragmentos, pero la amplia extensión en que se localizan, tanto en el recinto habitacional como en la necrópolis, obliga a pensar necesariamente en prácticas diversas y diacrónicas de uso, amortización y deposición (Schubart, 1961: 43, 48, Abb. 13.B; González-Tablas, 1990; González-Tablas *et al.*, 1991-92).

Tampoco puede soslayarse, a la hora de intentar una interpretación, el supuesto grabado en forma de psi griega situado según Blanco (1998: 115) en uno de los fragmentos del borde y de cuya supuesta existencia también se hace eco Schubart (1961: 42). Como elemento de comparación podemos mencionar la existencia de marcas en torques castreños (Burela, San Martiño do Porto, Coaña, Sta. María de Rendar) y meseteños (siete de Arrabalde 1, dos de Padilla 3 y un brazalete espiraliforme de Palencia 3 en la colección Calzadilla), presentando dos piezas de plata de Padilla signos en forma de pi griega (Galán y Ruiz-Gálvez, 1996: 162; Armbruster y Perea, 2000: 110). Estos signos en piezas de oro y plata han merecido diversas interpretaciones, que van desde marcas de propiedad o marcas de platero hasta, más recientemente, su carácter metrológico (Galán y Ruiz-Gálvez, 1996), propuesta esta última criticada por Armbruster y Perea (2000), quienes argumentan que la comparación de los pesos queda invalidada al no tener en cuenta la variabilidad de las aleaciones, lo que implica soslayar algo tan importante como es la calidad del material de fabricación de las piezas.

En el caso que nos ocupa, la marca no tiene exactamente forma de psi, sino que se compone de tres trazos de longitud variable que se cruzan (lam. II.3). Se realizó con algún objeto punzante y su factura parece antigua; no sabemos en qué criterios se basó Blanco para sostener que la barra enderezada, con un borde engrosado y huellas de martillado (nº 26) corresponde al borde del caldero, hipótesis viable si considerásemos que la barra originalmente era curva o, por el contrario, que puede encontrarse en un estado previo a su modificación para ser fijada en el borde de algún recipiente. Teniendo en cuenta la adscripción no segura para este elemento, la citada marca puede ser susceptible de diversas interpretaciones, aunque nos parece viable que se trate de una marca de taller destinada a facilitar su identificación o distinción a la hora de unirla a otro elemento, como puede ser un caldero.

En todo caso, al margen de estos sucintos comentarios y suposiciones, la interpretación del conjunto sigue siendo un tema abierto. Por un lado, creemos necesario redundar en la idea de una probable funcionalidad ritual, asumida por lo general para los calderos atlánticos de remaches del Bronce Final y que, en este caso, aunque tratándose presumiblemente de piezas de cronología muy posterior parece quedar ratificada por las huellas de fuego y, sobre todo, el elevado tamaño de al menos dos de los recipientes, que invita a pensar en un uso ceremonial o colectivo. Pero, por otro lado, esta interpretación funcional no aclara la naturaleza del hallazgo en cuanto a contexto arqueológico original y pautas de amortización o deposición. Es en este marco donde entran en juego conceptos complejos y no unívocos, como los de depósito, ocultación intencional, etc. y dicotomías entre sagrado/profano, funcional/simbólico, etc. La evolución teórica de la arqueología en las dos últimas décadas ha dado lugar a que estos aspectos se aborden desde nuevas perspectivas (Bradley, 1990; Ávila de Melo, 2000), de modo que es ya posible establecer algunos criterios distintivos para clasificar los tipos de deposi-

ción y dotar a estas dicotomías de cierto contenido, aunque también se tiende a subrayar que algunas de las oposiciones que actualmente manejamos (v.g. sagrado/profano) no necesariamente deben funcionar en el análisis de las sociedades del pasado (Ávila de Melo, 2000: 27-31).

Una opción a contemplar es, necesariamente, la existencia de actividad metalúrgica en el castro, que pondría el conjunto en relación con prácticas de refundición y/o producción de los recipientes. En este sentido, cabría pensar en un ciclo productivo completo o muy amplio, si tenemos en cuenta la existencia de escorias (García Rollán, 1974) y consideramos que la mencionada tira de bronce con marca constituye un producto de fábrica pendiente de fijación a algún otro elemento, tal vez un caldero. Hay, sin embargo, algunas dificultades para asumir esta hipótesis, como son el probable hecho de que los calderos se depositasen íntegros—algo que no suele darse cuando se trata de material para refundición— y las huellas de fuego todavía hoy visibles, que sugieren una etapa de uso para los recipientes y, en consecuencia, su carácter de producto acabado.

Otra posibilidad puede contemplar el empleo de los recipientes en algún ritual o deposición de tipo funerario. Debe recordarse que la iconografía de las diademas de Moñes parece relacionar los calderos con algún tipo de ritual o ideología de tránsito al Más Allá (Marco, 1994) y tenerse en cuenta igualmente que las escasas evidencias de ritual funerario documentadas en el Noroeste parecen contemplar el uso del fuego como parte integrante del mismo (Bettencourt, 2000a). Sin embargo, toda interpretación en esta dirección entraña riesgos evidentes.

En último término, es indudable la viabilidad de proponer una ocultación intencional con la intención de recuperar el conjunto a posteriori. Esto sí resulta coherente con las huellas de fuego visibles al exterior y nos estaría indicando la presencia de un conjunto de recipientes empleados esporádicamente en rituales y que, por alguna circunstancia, se guardan en períodos de inactividad o se ocultan intencionadamente en momentos de tensión sin que, por alguna razón, vuelvan a recuperarse en un momento posterior. En este sentido puede interpretarse en Ovilava (Wels, Austria), en un contexto romanizado, el hallazgo de un conjunto de bronce compuesto por tres calderos, introducidos sucesivamente uno dentro de otro, acompañados de otros instrumentos de cocina y objetos lujosos pero de uso cotidiano (Miglbauer, 1994; Sedlmayer, 1999: 159ss). Los calderos del Bronce Final Atlántico parece que también se guardaban boca abajo en momentos de inactividad, como puede deducirse de los desgastes y alteraciones visibles en las armellas y elementos de sustentación (Gerloff, 1986: 87).

Nada más lejos de nuestra intención que dejar resuelta con estas páginas la problemática que plantea este interesante hallazgo olvidado durante años. Esperamos, al menos, haber contribuido a revalorizar su interés y ponemos de manifiesto la necesidad de una actuación de limpieza y consolidación de los fragmentos, que permita profundizar en su observación y conocimiento, que podría completarse mediante la realización de alguna analítica y estudio

metalográfico. Por otro lado, resulta evidente que una intervención arqueológica en el yacimiento contribuiría de forma decisiva al más correcto encuadre y contextualización de los materiales que desde hace años vienen apareciendo en él.

Entre tanto, finalizamos subrayando que, si algunos testimonios iconográficos recientemente revalorizados nos informan de la importancia de los calderos metálicos en la práctica ritual de los pueblos castreños, hallazgos como el estudiado en estas páginas constituyen la base para la necesaria definición de los prototipos reales cuya existencia quedó sugerida en piezas como las diademas de Moñes o los bronceos sacrificiales castreños.

BIBLIOGRAFÍA

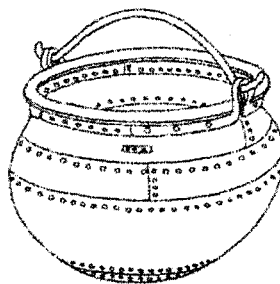
- ÁLVAREZ NÚÑEZ, A. (1986): *Castro de Penalba. Campaña 1983*, Santiago.
- ARMADA PITA, X. L. (e.p./a): «A propósito del Bronce Atlántico y el origen de los calderos de remaches peninsulares», *Saguntum*.
- ARMADA PITA, X. L. (e.p./b): *Rituais de banquete castrexos*, Noia.
- ARMBRUSTER, B. y PEREA, A. (2000): «Macizo/hueco, soldado/fundido, morfología/tecnología. El ámbito tecnológico castreño a través de los torques con remates en doble escocia», *TP*, 57/1, pp. 97-114.
- ÁVILA DE MELO, A. (2000): «Armas, utensilios e esconderijos. Alguns aspectos da metalurgia do Bronze Final: o depósito do Casal dos Fiéis de Deus», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 3/1, pp. 15-120.
- BALIL, A. (1984): «El modio de Pontepuñide (Gonzar, Pino, Coruña)», *Gallaecia*, 7/8, pp. 179-186.
- BETTENCOURT, A. M. S. (2000a): «O mundo funerário da Idade do Ferro do Norte de Portugal: algumas questões», en V. Oliveira (Ed.), *3º Congresso de Arqueologia Peninsular* (vol. 5). *Proto-história da Península Ibérica*, Porto, pp. 43-59.
- BETTENCOURT, A. M. S. (2000b): *O povoado de São Julião, Vila Verde, Norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronze e na transição para a Idade do Ferro*, Braga.
- BETTENCOURT, A. M. S. (e.p.): *O povoado da Santinha, Amares, Norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronze*, Braga.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1957): «Exvoto con escena de sacrificio», *Revista de Guimarães*, 67, pp. 499-516.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1998 [1957]): «Origen y relaciones de la orfebrería castreña», *CEG* (1957). Citado por la reedición en A. Blanco, *Arqueología gallega*, Pontevedra, pp. 73-172.
- BOESTERD, M. H. P. den (1956): *The bronze vessels in the Rijksmuseum G. M. Kam at Nijmegen*, Nijmegen.
- BRADLEY, R. (1990): *The passage of arms. An archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*, Cambridge.
- BRIGGS, C. S. (1987): «Buckets and cauldrons in the Late Bronze Age of North-West Europe; a review», en *Les relations entre le continent et les Iles Britanniques a l'age du Bronze. Actes du colloque de Lille*, Amiens, pp. 161-187.
- CALO LOURIDO, F. y SIERRA RODRÍGUEZ, X. C. (1983): «As orixenes do castreño no Bronce Final», en *Estudos de cultura castrexa e de historia antiga de Galicia*, Santiago, pp. 19-85.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1983): «Aportación al estudio de las sítulas en el Occidente de la Península Ibérica», *CEG*, XXXIV/99, pp. 7-32.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1984): «Dous novos soportes de asas de sítulas de época romana», *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 2, pp. 235-239.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1989): *Catálogo dos materiais arqueolóxicos do museu do Castro de Santa Trega: Idade do Ferro*, Pontevedra.
- CARDOSO, J. L. (2000): «Manifestações funerárias da Baixa Estremadura no decurso da Idade do Bronze e da Idade do Ferro (II e I milénios a.C.): breve síntese», en V. Oliveira (Ed.), *3º Congresso de Arqueologia Peninsular* (vol. 5). *Proto-história da Península Ibérica*, Porto, pp. 61-99.

- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Paris.
- CORTEGOSO COMESAÑA, M. (2000): «Tipología de las fíbulas de los castros gallegos, a través de los ejemplares publicados», *Gallaecia*, 19, pp. 125-141.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1988): «El análisis discriminante en la clasificación tipológica: aplicación a las hachas de talón de la Península Ibérica», *BSAA*, 54, pp. 25-64.
- DUBOS, J. (1989): «Le travail du bronze à l'époque gallo-romaine», en *Les bronzes antiques de Paris*, Paris, pp. 431-434.
- ESCORTELL, M. y MAYA, J. L. (1972): «Materiales de 'El Pico Castiello' Siero en el Museo Arqueológico Provincial», *Archivum*, 22, pp. 37-48.
- ESPARZA ARROYO, A. (1987): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y RUIZ-GÁLVEZ, M. (1997): «El Noroeste de la Península Ibérica en el III^{er} y II^o milenios: propuestas para una síntesis», *Saguntum*, 30, pp. 191-216.
- FARIÑA BUSTO, F. y ARIAS VILAS, F. (1980): «Aportazón ao estudo das fibulas atopadas nos castros galegos», en *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular* (vol. II), Guimarães, pp. 183-195.
- FERREIRA DE ALMEIDA, C. A. (1981): «Dois capacetes e tres copos, em bronze, de Castelo de Neiva», *Gallaecia*, 6, pp. 245-255.
- FUENTES, A. (1990): «Los bronzes bajoimperiales en Hispania», en *Los bronzes romanos en España*, Madrid, pp. 117-135.
- GALÁN, E. y RUIZ-GÁLVEZ, M. (1996): «Divisa, dinero y moneda. Aproximación al estudio de los patrones metrológicos prehistóricos peninsulares», en M. A. Querol y T. Chapa (Eds.), *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda* (vol. 2), Complutum extra 6, pp. 151-165.
- GARCÍA ALÉN, A. y PEÑA SANTOS, A. de la (1980): *Grabados rupestres de la provincia de Pontevedra*, A Coruña.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1941): «El caldero de Cabárceno y la diadema de Rivadeo. Relaciones con las Islas Británicas», *AEspA*, 14, pp. 560-563.
- GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, B. (1996): «Antigüedad: La religión de los castrexos», en M. V. García Quintela (Ed.), *Las religiones en la historia de Galicia*, Santiago, pp. 33-90.
- GARCÍA ROLLÁN, M. (1974): «La Peneda del Viso», *El Museo de Pontevedra*, 28, pp. 87-95.
- GARCÍA VUELTA, O. y PEREA, A. (2001): «Las diademas-cinturón castreñas: el conjunto con decoración figurada de Moñes (Villamayor, Piloña, Asturias)», *AEspA*, 74, pp. 3-23.
- GERLOFF, S. (1986): «Bronze Age Class A Cauldrons: Typology, Origins and Chronology», *Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland*, 116, pp. 84-115.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, X. M. y PEÑA SANTOS, A. de la (1983): «Excavación realizadas durante a campaña 1982 na provincia de Pontevedra», *Solaina*, 2, pp. 106-107.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J. (1990): *La necrópolis de «Los Castillejos» de Sanchorreja. Su contexto histórico*, Salamanca.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J., FANO, M. A. y MARTÍNEZ, A. (1991-92): «Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración», *Zephyrus*, 44/45, pp. 301-329.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F. y TABOADA, J. (1955): «Un oppidum de la tribu de los bíbalos», *AEspA*, 28, pp. 69-89.

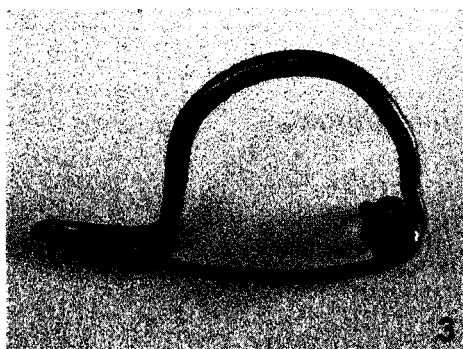
- MANCEBO DÁVALOS, J. (2000): «Análisis de los objetos metálicos en el período orientalizante y su conexión con el mundo fenicio. Los cuchillos afalcatados», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (vol. IV), Cádiz, pp. 1825-1834.
- MARCO SIMÓN, F. (1994): «Heroización y tránsito acuático: sobre las diademas de Moñes (Piloña, Asturias)», en J. Mangas y J. Alvar (Eds.), *Homenaje a J. M^a. Blázquez* (vol. 2), Madrid, pp. 319-348.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos*, Barcelona.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. y CUESTA TORIBIO, F. (2001): «Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres», en J. L. Maya y F. Cuesta (Eds.), *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*, Gijón, pp. 11-277.
- MIGLBAUER, R. (1994): «Ein römerzeitlicher Verwahrfund aus Wels, Oberösterreich», en *Akten der 10. Internationalen Tagung über antike Bronzen*, Stuttgart, pp. 285-291.
- MONTEAGUDO, L. (1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*, PBF IX/6, München.
- MONTEAGUDO, L. (1981): «Petroglifo de Lágea das Rodas (Louro, S.W. prov. Coruña)», en *Primera Reunión Gallega de Estudios Clásicos. Ponencias y comunicaciones*, Santiago, pp. 46-100.
- MORÁN, C. (1962): «Excavaciones en castros de la provincia de León», *NAH*, 5, pp. 98-134.
- NAVEIRO LÓPEZ, J. L. (1991): *El comercio antiguo en el NW peninsular*, A Coruña.
- PENA GRAÑA, A. (1991): *Narón, un concello con historia de seu* (vol. 1), Narón.
- PEÑA SANTOS, A. de la (1992): *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990*, Santiago.
- PEREA, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*, Madrid.
- PÉREZ LOSADA, F. (1996): «O campo galaicorromano e os seus contactos cos núcleos urbanos: algunhas reflexións sobre a relación cidade-campo na *Gallaecia*», en *III e IV Semanas Galegas de Historia*, Santiago, pp. 249-265.
- REY CASTIÑEIRA, J. (1996): «Referencias de tiempo en la cultura material de los castros gallegos», en J. M. Hidalgo (Coord.), *A cultura castrexa galega a debate*, Tui, pp. 157-206.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (1977): *Galicia meridional romana*, Bilbao.
- ROVIRA LLORÉNS, S. y MONTERO RUIZ, I. (1999): «Análisis espectrográfico de materiales de Pajares», en S. Celestino (Ed.), *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de La Vera. Cáceres, 1. Las necrópolis y el tesoro áureo*, Mérida, pp. 191-194.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Madrid.
- SCHUBART, H. (1961): «Atlantische Nietenkessel von der Pyrenäenhalbinsel», *MM*, 2, pp. 35-54.
- SEDLMAYER, H. (1999): *Die römischen Bronzegefäße in Noricum*, Montagnac.
- SILVA, A. C. F. (1986): *A cultura castreja no Noroeste de Portugal*, Paços de Ferreira.
- TASSINARI, S. (1975): *La vaisselle de bronze, romaine et provinciale, au Musée des Antiquités Nationales*, Paris.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1975): «Estudio de la fauna marina de los concheros de los castros de A Peneda y Montealegre (Pontevedra)», *Gallaecia*, 1, pp. 141-146.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M., URGORRI, V. y TRONCOSO, J. S. (1993): «El marisqueo en la cultura castreña de Galicia», en *Galicia: da romanidade á xermanización*, Santiago, pp. 101-112.



1



2



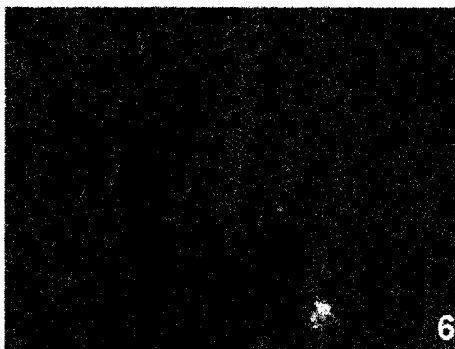
3



4



5



6

LÁMINA I: (1) cuchillo de bronce de A Peneda (según Coffyn); (2) reconstrucción propuesta por Blanco Freijeiro; (3) fibula de resorte bilateral, probablemente de factura moderna; (4) fragmentos de calderos recuperados en el castro; (5) fondo de Peneda 1, inv. 25; y (6) detalle del tratamiento interior de Peneda 1.

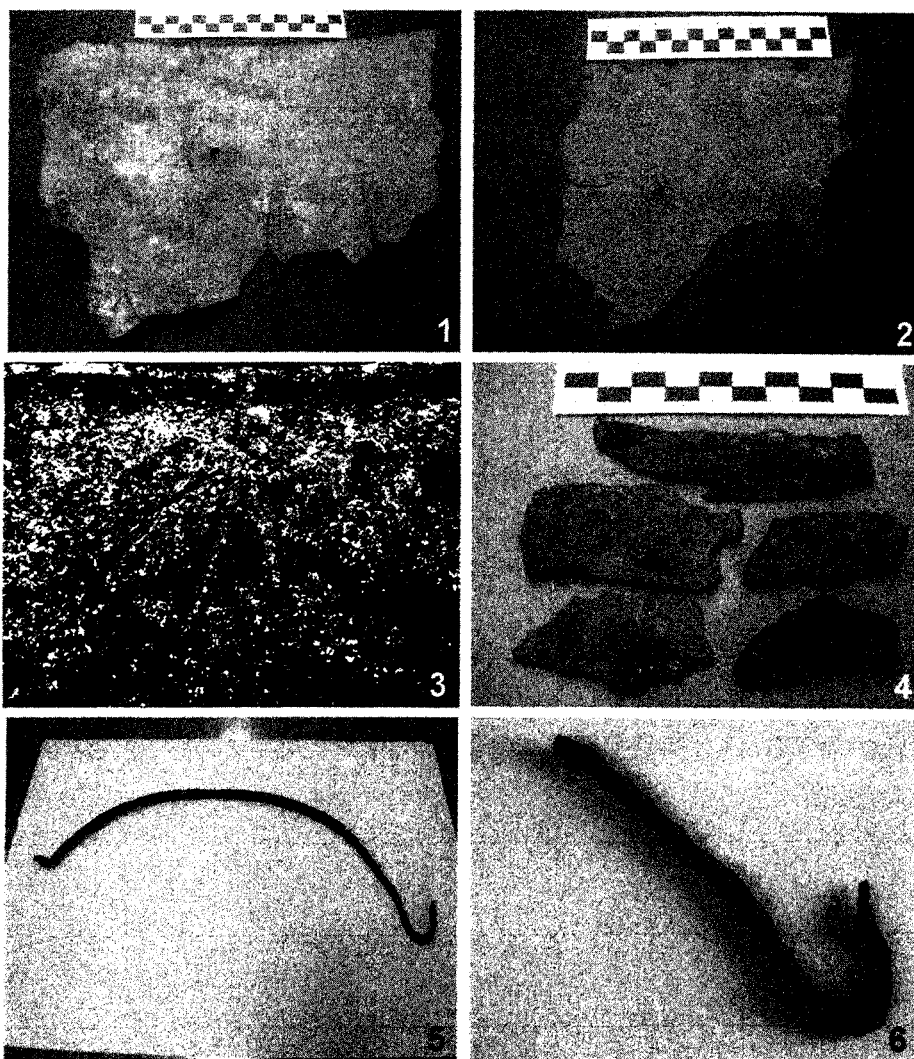


LÁMINA II: (1) fragmento de pared y borde de Peneda 1, inv. 23; (2) fragmento de pared y borde de Peneda 1, inv. 24; (3) signo similar a una psi invertida, grabado en una barra de bronce con borde engrosado, inv. 26; (4) fragmentos de hierro de adscripción indeterminada, inv. 34-38; (5) reconstrucción de un tramo del asa de Peneda 2, mediante la unión de los dos fragmentos conservados, inv. 49 y 86; y (6) fragmento de asa de hierro con extremo vuelto, inv. 86.

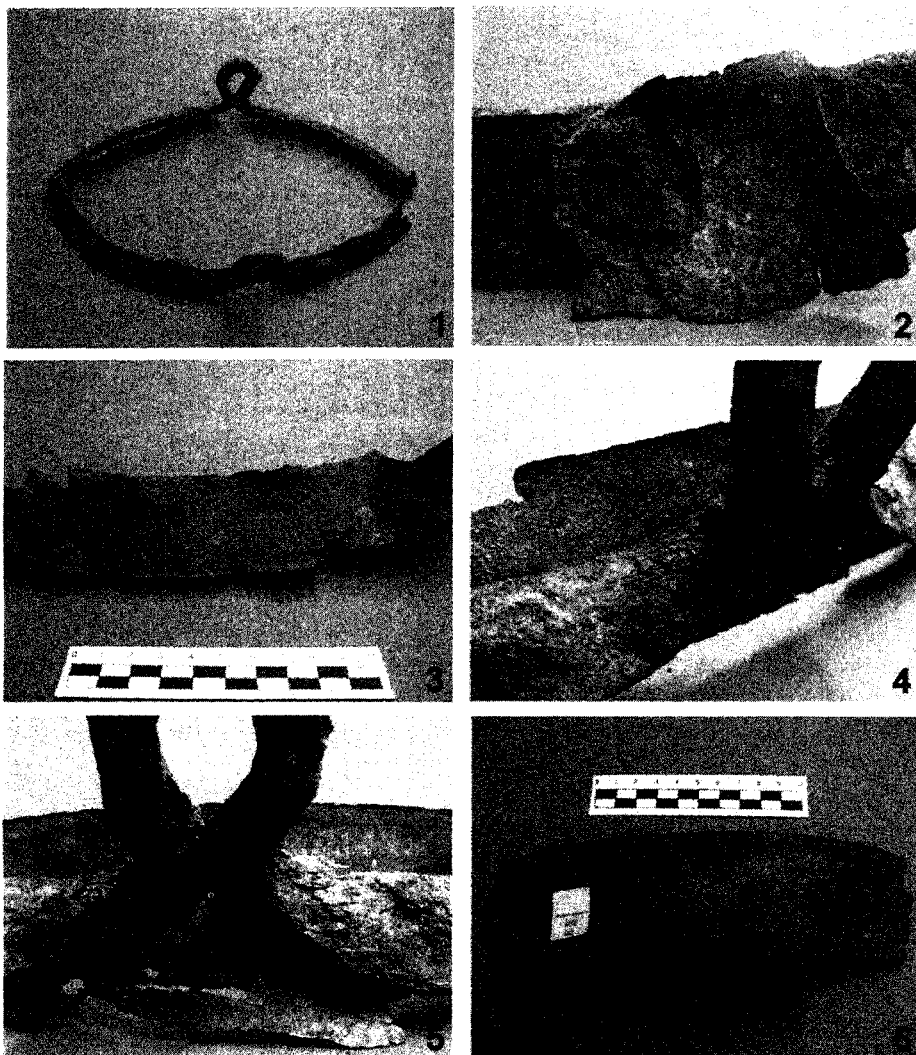


LÁMINA III: (1) fragmentos de abrazadera de hierro de Peneda 2, inv. 50-51; (2) fragmento de chapa de caldero unido a una de las abrazaderas mediante un remache de hierro, inv. 50; (3) fragmento de chapa de caldero unido a la segunda abrazadera mediante dos remaches de hierro, inv. 51; (4) reconstrucción del sistema de suspensión y borde de Peneda 2; (5) reconstrucción del sistema de suspensión y borde de Peneda 2; y (6) fragmento de borde con improntas de abrazadera, perteneciente probablemente a Peneda 3, inv. 54.

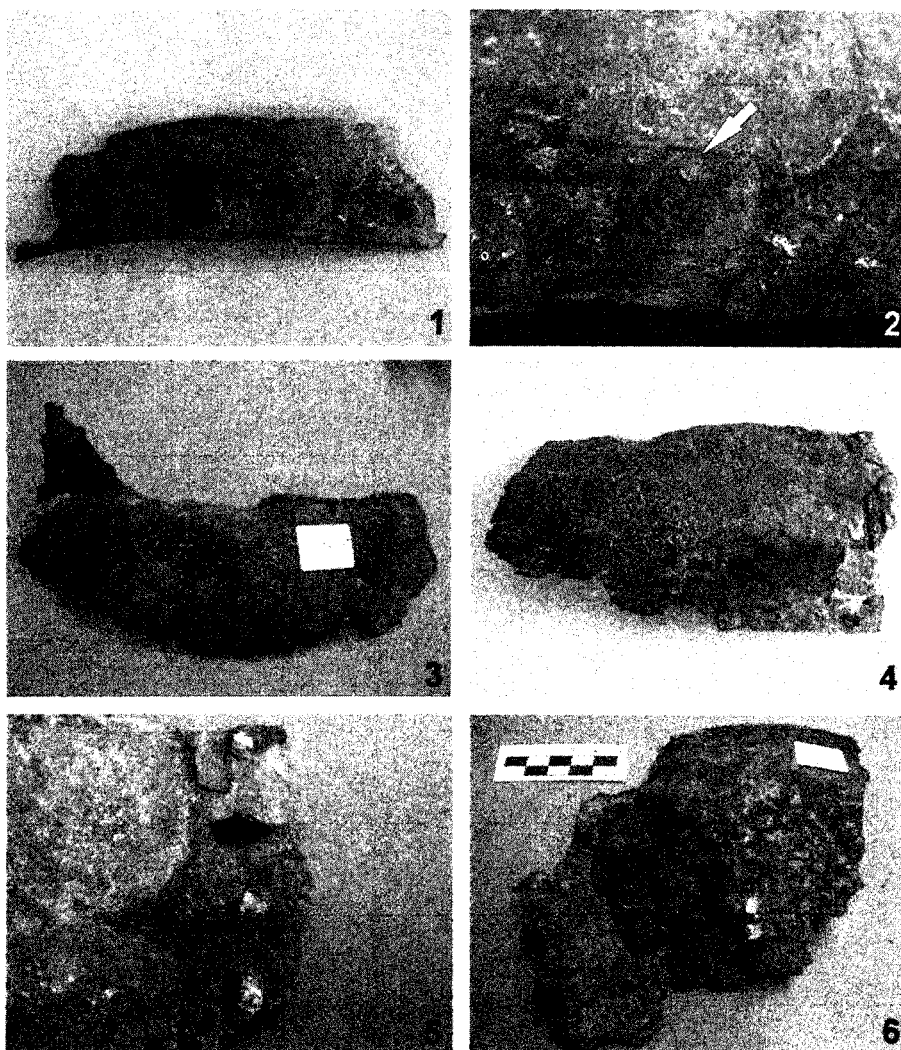


LÁMINA IV: (1) fragmento perteneciente al borde de Peneda 3, con improntas de abrazadera y remaches de bronce, inv. 53; (2) detalle del fragmento 53, con remache de bronce; (3) fragmento perteneciente al hombro o tercio superior del cuerpo, inv. 55; (4) fragmento del hombro o tercio superior de un caldero, probablemente Peneda 3, inv. 60; (5) detalle de los remaches del fragmento anterior; y (6) fragmento del tercio inferior, inv. 62.

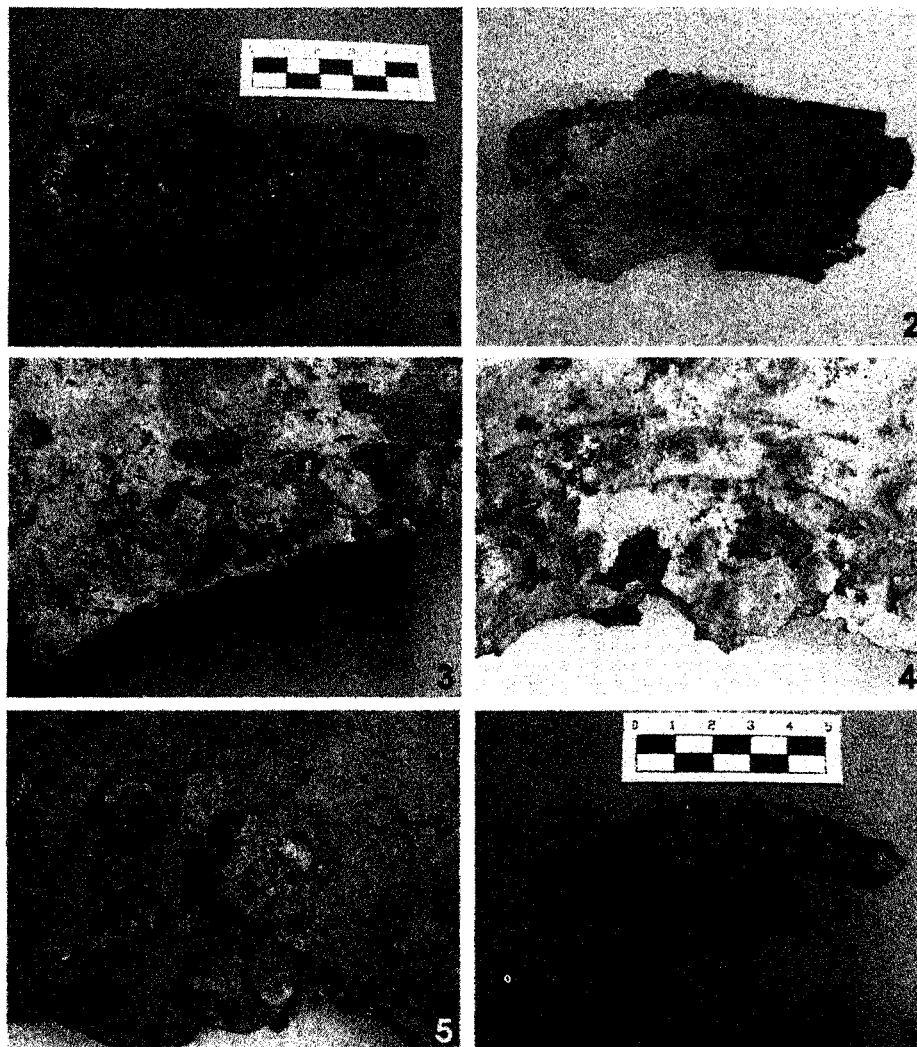


LÁMINA V: (1) fragmento perteneciente al tercio superior, con tira de reparación, inv. 66; (2) fragmento perteneciente al tercio inferior, inv. 63; (3) detalle de la unión del fragmento anterior con los restos de la chapa circular del fondo; (4) fragmento de la chapa circular del fondo de un caldero, inv. 67; (5) detalle del fragmento anterior, visto por su interior; y (6) fragmento de un fondo de caldero, seguramente correspondiente a la continuación del anterior, inv. 68.